

Josefina Plá



Calendario de engaños



LIBROS DEL CIUDADANO

Donación de O. Prof.
Luzmila de la Cruz
de las Palmas de G. C., 02,
julio, 2003



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Las Palmas de Gran Canaria
Nº Copia 705996

[Textos íntegros]

El autor:

Josefina Plá (Fuerteventura, España, 1903- Asunción, Paraguay, 1999). Escritora, periodista, ensayista, ceramista... ha sido traducida a numerosos idiomas. Autora de memorables libros de poesía, quizá el género por el que ha sido más conocida, su producción narrativa incluye una novela, *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí* (1984), y los libros de cuentos *La mano en la tierra* (1963), *El espejo y el canasto* (1981), *La pierna de Severina* (1983) y *La muralla robada* (1989). Sus relatos infantiles han sido recogidos en *Maravillas de unas villas* (1988) y en *Los animales blancos y otros cuentos* (2001), publicado por LOM Ediciones. Su labor creativa, así como su magisterio artístico y literario, ha hecho que se la considere una figura señera del arte y las letras paraguayas, al haber asumido la reivindicación de la cultura como compromiso vital. La presente selección es obra de Ángeles Mateo del Pino, especialista en Josefina Plá.

Josefina Plá

*Calendario de
desengaños*
(cuentos)

Libros del Ciudadano



Plá, Josefina, 1903 - 1999

Calendario de desengaños: (cuentos) / Josefina Plá. —

1ª ed. — Santiago : LOM Ediciones, 2002.

90 p.: 9x17 cm.- (Colección Libros del ciudadano)

R.P.I: 129.033

ISBN : 956-282-515-9

I. Cuentos españoles I. Título. II. Serie.

Dewey : 863 — cdd 21

Cutter : P696c

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

© JOSEFINA PLÁ

© LOM Ediciones, primera edición: diciembre de 2002.

Registro de propiedad intelectual:129.033. ISBN: 956-282-515-9.

Diseño, Composición y Diagramación: Editorial LOM, Concha y Toro 23, Fono: (56-2) 688 52 73 Fax (56-2) 696 63 88.

Impreso en los talleres de LOM, Maturana 9 Fono: (56-2) 672 22 36. Fax: (56-2) 673 09 15, pág. web:

www.lom.cl, email: lom@lom.cl. En Buenos Aires Editores

Independientes (EOM) Baldomero Fernández Moreno 1217 Fono: 5411-44322840 editoresindependientes@hotmail.com.

Impreso en Santiago de Chile.

Josefina Plá, ¡adentro!

Aunque generalmente no resulta fácil presentar a un autor, sobre todo si éste no goza del reconocimiento internacional y, más importante aun, de difusión universal, no podemos negar que hay un placer añadido cuando se trata de “mostrar” a algún escritor desconocido para el gran público. Tal vez debiéramos decir “gran lector”, porque, en definitiva, de eso es de lo que se trata, de que alguien que para nosotros –lector x– era un perfecto extraño se haga “visible” y tome vida a través de las páginas. Por supuesto, no todos los escritores tienen la misma suerte; de ahí que, sometidos al vaivén mercantil de libros y editoriales, algunos sí y otros no tanto vean recompensadas –entiéndase publicadas– sus audacias artísticas. Recompensadas, decimos, porque el mayor premio para un escritor es el de tener un lector con el cual establecer una comunicación o diálogo tácito, y esto se logra a través del rostro y el cuerpo que, sin duda, le confiere el libro.

En este sentido, esta pequeña antología que aquí ofrecemos, parte de ese rostro y de ese cuerpo textual que son los cuentos de Josefina Plá, tiene como única finalidad la de dar a conocer la obra de esta excelente y prolífica creadora, quien, siendo considerada una figura señera en Paraguay –sin ella no podría entenderse la cultura paraguaya contemporánea–, no resulta igualmente difundida y, por ende, valorada en otros lares. Desde esta perspectiva, planteamos esta selección como una invitación que le hacemos directamente a Josefina Plá y al lector. Doble invitación, cabría

precisar, porque no solo convidamos a nuestra autora a que pase al "adentro" del lector, a que entre en esa esfera personal e íntima que genera la lectura, sino que también incitamos al lector a que se "adentre" en la escritura, igualmente personal e íntima, de Josefina Plá.

Como toda selección, ésta es solo un muestrario de la "mirada" narrativa de Josefina Plá. *Calendario de desengaños* la hemos titulado, por varias razones. Quizá lo de calendario sea más obvio, porque hemos seguido un orden cronológico a la hora de reunir los cuentos. Tal vez porque ésta es la mejor manera de dar cuenta de cómo los relatos se han ido conformando a lo largo de los años, sobre todo si hacemos hincapié en el hecho de que la mayoría de ellos solo vieron la luz tardíamente. De esta forma, "Cayetana" -fechado en 1948-, "El canasto" -1957-, "El espejo" -1962-1966- y "Prometeo" -1967- no aparecerán recogidos en volumen hasta 1981, en *El espejo y el canasto*. Lo mismo ocurre con "La mano en la tierra" -1952-, que no se publica en libro hasta 1963, en un volumen de relatos que lleva por título el mismo del cuento en cuestión -*La mano en la tierra*-; y con "Sisé" -1953-, que no será recopilado hasta 1983, en *La pierna de Severina*.

Este lapso transcurrido entre la fecha de escritura y la de publicación ha provocado que dichos cuentos no hayan tenido la posibilidad de ser valorados en el justo y oportuno momento en el que se gestaron, sin que ello quiera decir que hoy estos relatos hayan perdido su valor, ni literario ni histórico. Pero no se nos escapa que ubicados en su época quizá su suerte hubiera sido otra. Por ello, a nosotros nos

queda la tarea de contextualizarlos, reubicarlos en la corriente que les era propia, pues solo así podremos comprender en su exacta medida el alcance testimonial y documental que poseen. De ahí que en esta selección los relatos se sucedan temporalmente, al igual que las hojas de un almanaque, para darnos incluso la impresión de que estamos ante un calendario perpetuo que puede leerse siempre. Los cuentos han pasado por el tiempo y el tiempo, sin envejecerlos, ha pasado por ellos.

De igual modo, hemos jugado con la imagen del calendario porque estos cuentos no solo datan el tiempo –los años entre 1948 y 1967– sino también el lugar de la escritura –Paraguay–. En más de una ocasión ha sido la propia autora la que ha hecho mención a que la inspiración para sus relatos la encuentra en el entorno paraguayo, de ahí que ellos surjan a raíz de su particular observación de la realidad. En este sentido hay que comprender entonces que Josefina Plá considere que su producción cuentística no sea más que “rebotes de vivencias locales” e incluso llegue a afirmar “que de haber vivido en otro lugar esos cuentos habrían sido diferentes. Es decir, no habrían sido...”

Por todo ello, no nos extraña que el color y sabor a “nacencia” local que predominan en estos cuentos sean precisamente el del ambiente y la atmósfera paraguayos. Color y sabor, pero también cabe añadir sonido a Paraguay, pues si algo nos llama poderosamente la atención a la hora de “adentrarnos” en estos relatos es precisamente el ritmo, el tono y la cadencia del habla paraguaya que acompaña a los personajes. Esta voluntad de estilo, de autenticidad expresiva,

es lo que lleva a Josefina Plá a que en sus narraciones se conjuguen el léxico y la sintaxis del castellano y del guaraní, y que en la mayoría de los casos se dé cabida a un castellano guaranizado –yopará o jopará– que resulta de uso corriente en Paraguay. De esta manera se logra que los personajes se tornen más verosímiles, al sentir, pensar y expresarse en/con su lengua popular. Este telurismo es el que va a conformar la lengua narrativa de Josefina Plá. Los protagonistas de sus cuentos son siempre hombres y mujeres paraguayos o que viven en Paraguay, por lo que va a ser esta tierra la que deje sentir su poderoso influjo sobre los personajes y, más aun, sobre la propia escritura.

Pero volvamos al título: *Calendario de desengaños*. Si, como esperamos, ya ha quedado clara la alusión al calendario, nos queda por justificar lo de desengaños. Si acordamos que con este término se alude al conocimiento de la verdad, con que se sale del engaño o error en que se estaba, y el efecto de ese conocimiento en el ánimo, o bien la impresión que recibe alguien cuando la realidad desmiente la esperanza o confianza que tenía puestas en una persona o una cosa –tal y como se nos propone desde el Diccionario de la Real Academia Española y el de María Moliner–, entonces tendremos que convenir en que el desengaño –como conocimiento y efecto o impresión– está gravitando en todos y cada uno de los relatos de Josefina Plá.

Los hombres y mujeres que aquí se nos presentan son siempre seres decepcionados, desengañados, desilusionados por las experiencias amargas que han recibido de la vida. Una

vida que, aun cuando les haya deparado alguna que otra alegría, los ha abocado a la condición adversa de no reconocerse a sí mismos. Quizá donde mejor se evidencia esta "no-identificación" es en los relatos en los que el protagonista resulta ser el hombre. En este sentido, Don Blas de Lemos, el personaje de "La mano en la tierra", tendido en su lecho y a punto de morir, repasa su venida a las nuevas tierras americanas. Atrás quedaron su casona castellana, su mujer y su hijo. Pero en el duro transitar de más de cuarenta años, en esta otra tierra que con el devenir se ha vuelto un poco suya, se ha ido construyendo una biografía, con la vana esperanza de que otras mujeres indias y otros hijos mestizos –"un poco color de la tierra"– les dibujen una nueva identidad en la que proyectarse. Sin embargo, al hacer balance en el lecho postrero, llega a la siguiente conclusión: "un hombre tiene hijos para recuperarse en ellos; Blas de Lemos no ha conseguido reencontrarse en la muchedumbre de sus hijos".

En esta misma línea se sitúa el protagonista de "El espejo". Un hombre de setenta años, paralítico, confinado en una pieza, clavado en un sillón y obligado a enfrentar la imagen especular, "vertical e inamovible", que le devuelve un armario. Este desterrado –de su propia casa y de su familia– tan solo se acompaña del espejo que le ofrece como reflejo trocitos de vida, de la vida de los otros que caminan, ríen, se enamoran, mueren... y él condenado al ostracismo más siniestro, a ser un pensamiento que no se dice a nadie, una voz en off. Pero el espejo –su otro yo– también desaparece y con ello se acrecienta

el conocimiento de la no-existencia. La muerte será entonces una salida, una forma de encontrar la paz, "algo parecido a un espejo. Un espejo infinitamente vacío donde 'él' ya no me espera".

Algo parecido le sucede al personaje de "Prometeo", quien atado a una caja-cama tiene la certeza de que su cuerpo y su pensamiento están disociados. Huérfano del mundo, se ve obligado a olvidar el cuerpo que le pertenecía antes y forzado ahora a que otros reconozcan en él un rostro y un cuerpo que solo asume como máscara. Su cuerpo lo ignora todo de él, pero es "él quien ofrece al mundo su fachada y su estatua": "Yo llevo su nombre". Como Prometeo, encadenado a su roca-cuerpo, clama, sufre y se siente devorado por el tiempo, porque aun cuando le asiste la razón, es incapaz de hacerla prevalecer. Castigo demasiado severo para el hombre que si de algo es culpable es de vivir y de saber que ha de envejecer. Reconocerse y aceptarse será entonces la verdadera prueba que ha de vencer.

El desencanto de los personajes femeninos, aunque quizá de más variada índole, también hace su presencia en estos relatos. Desengaño que, en la mayoría de los casos, va unido a una suerte de desgracia innata y biológica: ser mujer, ser pobre y, como añadido, "forzada" a ser madre. Tal es lo que le ocurre a "Cayetana", quien desde los siete años había sido entregada —como "esclava"— a las hermanas Olmedo. Al cumplir los catorce su desgraciada infancia se torna desgraciada juventud. El señorito Eduardo, el sobrino casado con una porteñita y "doctor, con despacho 'en la reina del Plata'",

decide irse a vivir a Asunción. Desde el primer momento es consciente de que hará valer su "derecho de pernada" y, como efecto de ese "conocimiento", embaraza a Cayetana. Pero la maldición del género femenino, que no sabe de treguas, vuelve a florecer –eterno retorno– en la piel de otra Cayetana que, igual que su madre, será solo lo que otros quieren que sea: "El hijo del doctor, cuando la madre o las tías no estaban delante, le miraba, entrecerrando los ojos, las piernas".

Pero "Sisé" no correrá mejor suerte. Una cuñá que, "descubierta" entre las plantas de maíz, vive en una estancia dedicada a servir a la patrona y bajo la única protección de la cocinera. Cuando esta última muere su cotidiano se vuelve insufrible y opta por huir. Cada fuga la regresa a la casa con una nueva paliza, hasta que se resigna: Sisé pasará a ser "cosa" del viejo patrón y cuando éste no la reclame los hijos menores serán los "dueños absolutos" de ella. Pero de nuevo el destino trágico hará su aparición y Sisé volverá al maizal, esta vez para descansar eternamente junto al cadáver de un "varoncito de tez mucho más clara que ella y pelambre rojiza".

El relato "El canasto" da cuenta de un micro que en su cíclico recorrido va recogiendo a unos pasajeros, quienes, dispares en condición y circunstancias, afrontarán un mismo destino. En el cerrado espacio en que los ha reunido el azar se pone de relieve la presencia de un enorme canasto de mimbre que, situado al borde del escalón, va a ser el blanco de las iras –al impedir el paso de los viajeros– y componente fundamental en el desarrollo de la narración.

Igualmente destaca la figura de una mujer con una criatura de pecho en brazos y acompañada de un chico –mitái– con un canastito que guarda las “sonseras” que la patrona le había dado como siempre que iba a hacer la limpieza de la casa. La sorpresa de un accidente los encuentra a todos desprevenidos y el enorme canasto, que antes no era más que motivo de discordia, se vuelve ahora elemento de salvación: “debajo de la canasta se levantaba un lloro, lloro frenético, indignado de una criatura a la cual han arrancado, sin justificación suficiente, el pecho antes de hora”.

Desengaños o amargas experiencias son pues las que hallamos en estos relatos. Personajes que presentan constancia o evidencia de que no son más que meras imágenes, que su tiempo y espacio pueden alterarse, que su “yo” puede desdoblarse en otro –duplicado o simulacro–, cuya sombra –sea la vejez o su propio reflejo especular– los acosa con una sensación de irrealidad. Desengañados al saberse formando parte del engranaje de un tiempo cíclico que los aboca a una estructura circular, en la que todo se repite infinitamente. Desengañados porque no hay escapatoria para su final trágico.

Pero dejemos que sea el lector el que se adentre en la lectura. Leer los siguientes relatos es más importante que cualquier cosa que pudiésemos añadir: “un relato no es del todo un relato hasta que alguien lo lee”. O, como señalaba E. A. Poe, “los relatos son valiosos de acuerdo con la impresión que causan en el lector”. Desde esta perspectiva estamos convencidos de que este *Calendario de desengaños* que aquí se ofrece no es más que un artificio que actúa sobre nosotros

para devolvernos a la vida con algo más de lo que teníamos cuando comenzamos su lectura: alegrías, tristezas... solo el lector podrá comprobarlo.

ÁNGELES MATEO DEL PINO

Cayetana

–Cayetana, andá buscar la carne.

–Cayetana, en Pinozá se vende naranja a cuatro pesos el cien. Andá comprar.

–Cayetana, fregáme ese piso que está sucio.

–Cayetana, andá traer la silla que está en lo del carpintero.

–Cayetana, “enjaguá” mis medias. Pronto.

–Cayetana, prendé el horno. Vamos hacer sopa.

–Cayetana, andá regar mi picardía* blanca.

Cayetana hacía todas estas cosas y algunas más.

Cayetana servía el mate de mañana, de siesta, de tardecita –mate amargo, mate dulce, mate de coco– yendo y viniendo interminablemente de la sala a la cocina con la calabaza alternativamente vacía y llena mientras las señoritas platicaban también sin término, ya las dos a solas, ya con alguna visita. Esperaba pacientemente a que cada uno de los presentes hiciera rezongar el mate, balanceándose sobre sus pies descalzos que casi siempre hacían engastada la perla de un pique*.

Cayetana iba a casa de Doña Elena, de Doña Fausta, de Doña Estanislada, a traer y llevar invitaciones, platos de dulce o de chipá*, ñanduti* para ver alhajas para corretear. Y mensajes:

–Decile a la señora Fausta que cómo está; y que aquí le mando esta chipá para probar; y que le mando poco porque la linda come poco; y que quiero me disculpe porque ayer no le mandé la plata, porque mi comadre me engañó; y que aquí le mando una peineta que quieren vender por veinte pesos; y que por favor me preste un poco

su cucharita de plata, porque esta tarde tengo visita; y que mañana la voy a visitar sin falta.

Cayetana repetía los mensajes con exactitud de grabadora.

–Dice la señora Fausta que está lo más bien, y que te manda su saludo; y que tu chipá es demasiado rica, y te manda gracias; y que la kyguá* le gusta demasiado y se va quedar, y que aquí te manda la cucharita, y que mañana sin falta te espera.

Cayetana tenía diez años. Su único bien era un lunar en relieve, negro y crinoso, bajo el pómulo izquierdo. Llevaba un vestido hecho con “colas” de batones desechados por las patronas, calzado de la propia piel en invierno y verano, y peinado “acá-peró-bolero”*.

Rufina, la lavandera medio tarobá* que aparecía asiduamente por lo de las señoritas Olmedo dos o tres meses al año –el resto del tiempo nadie sabía adónde había ido, y las señoritas perdían el juicio a la pesca de otra lavandera– había entregado Cayetana a las hermanas: “para tu hija”, cuando la niña tenía siete años. Fue, lo recordaba bien, un poco antes de que la señorita Eulalia, la mayor, loca por las plantas, consiguiera aquella picardía blanca que le trajeron de San Pedro del Paraná, y que nadie más en Asunción tenía, por lo que estaba lo más orgullosa.

Al principio, Rufina veía a su hija dos o tres veces por mes, cuando venía a llevar la ropa para lavar. Pero luego, como de costumbre, dejó de venir; esta vez para no aparecer ya más; con lo que Cayetana quedó de propiedad exclusiva de las señoritas. Egidia le cosía los arlequinados vestiducos; Eulalia, le carpía la cabeza con una

arcaica maquinita de cortar pelo –la del finado señor Olmedo– que no funcionaba como una seda precisamente, y que arrancaba a Cayetana lágrimas en cada sesión. Los chicos del barrio llamaban a Cayetana “acá-peró-bolero entrenate portero”; pero tanto la señorita Egidia como la señorita Eulalia se habrían extrañado enormemente si alguien les hubiese dicho que Cayetana, de noche, tendida en su cama de bolsas viejas, en la cocina, lloraba, no tanto porque sentía frío en la cabeza, como porque los chicos la llamaban así.

Cayetana no tenía amigas. No le daban tiempo para ello. Como no había niños en la casa, no disfrutaba del privilegio de las niñas, que salen con las criaturas a la vereda y participan de los juegos. Solo tenía cierta amistad con una muy vieja vendedora de yuyos que por temporadas se dejaba ver por el barrio, y que a veces daba a Cayetana una naranja o un par de coquitos, y una vez hasta un melón pequeño y cuya corteza por mitad aparecía negruzca y dura como un neumático.

Cuando Cayetana tenía trece años, casi catorce, se produjeron en la casa, escalonadamente, varios acontecimientos extraordinarios.

Una mañana, al regar su picardía blanca, cada día más lozana, la señorita Eulalia se encontró con que alguien había arrancado de la misma un gajo, el más cercano a la balaustrada. La señorita Eulalia tuvo materia para plaguearse por muchos días, y durante no poco tiempo ella y Egidia buscaron pretexto para visitar a todos los vecinos, mirando recelosamente en sus patios, en busca del gajo: pero no dieron con él.

En la persona esmirriada de Cayetana hubo cambios patentes. Creció cinco o seis centímetros, se le rellenaron las mejillas aclarándosele ligeramente el cutis; los pómulos se le lustraron; el lunar, de feo, se volvió casi atractivo, y leves hinchazones le atensaron el vestido en la delantera.

La señorita Eulalia y la señorita Egidia, de común acuerdo, decidieron que ya era hora de que Cayetana llevase el pelo crecido; pero solo hasta la oreja, de modo que la señorita Eulalia pudiese seguir cortándosele con la tijera, y no hubiese que mandarla al peluquero: no faltaría sino que hubiésemos de gastar en los coqueteos, de la Cayé, che.

Y de Buenos Aires vino llegando, después de larguísima ausencia, Eduardo, el sobrino preferido de las señoritas, porque era el que daba a la familia el lustre profesional. Era doctor, con despacho "en la reina del Plata"; ¡tan joven, tan lindo mozo y tan inteligente!... Estaba casado con una porteñita, tenía dos pibas. Venía a Asunción a arreglar algunos asuntillos; buscar casa —que sea cerca, che— porque la pareja vendría a establecerse acá; el doctor no acababa de acostumbrarse a la vida porteña. Las tías echaron la casa por la ventana para agasajar al "doctor". Cayetana nunca había traído y llevado tantos mensajes. Ella era además la encargada de lustrear al "doctor" los zapatos, plancharle las camisas y prepararle el baño, y de servirle el mate en la cama. Allá en Buenos Aires, che, no encontrás quién te lo sirva.

Cuando salía a la calle, Cayetana iba muy seria, mirando a cualquier parte allá lejos; pero ya un par de veces un concripto o un mitaruzú*

de pantalón corto y peludas piernas le habían rozado la mano con las suyas al pasar; algún albañil le había lanzado desde lo alto del andamio un piropo de esos que arrancan la piel; y hasta algún yaguá* yucá desgonzado contra una columna de la C.A.L.T., había mascullado a su paso una insinuación obscena; pero no acabó de darse cuenta de que todo aquello iba en serio hasta que una siesta, cuando estaba inclinada sobre el pozo tirando de la cuerda para sacar agua para el baño del "doctor", le pellizcaron una nalga.

Cayetana soltó el balde, que bajó violentamente con gran escándalo de latas, chocando con las paredes del pozo (más tarde la señorita Eulalia la retaría mucho por haber abollado el recipiente). Se volvió, vio al "doctor", que la miraba sonriendo bajo el bigotillo, los ojos brillantes; y su cutis moreno, al encendérsele, se tornó color de hígado. Corrió a la cocina desierta a esa hora. Allí lloró en silencio. Aquella noche atendió a la mesa reacia y hosca, ganándose varios retos de la señorita Egidia y un acapeté* de la señorita Eulalia, siempre pesada de mano.

Al otro día temprano tenía que servirle el mate al señorito Eduardo en su dormitorio. Se hizo la remolona. La señorita Eulalia alcanzó su agudo límite de tiple dramática:

—¡No faltaba más... la Cayé con caprichos!...

Se ganó de nuevo un par de acapetés.

—Y esta siesta, ya lo sabés. No es menester que te lo mande.

Cayetana, pues, sirvió el mate aquella siesta al "doctor", muy tiesa al pie de la cama, poniendo alternativamente un pie sobre otro, y la vista en las cruzadas manos. El "doctor"

entrecerrados los párpados la miraba. Unas veces, cuando ella se acercó, cebado el mate, la agarró por la muñeca, silbando entre dientes:

–Vení acá, tarada. ¿De qué te espantás?...

Tocó a su término la vacación del señorito Eduardo. Las tías, sentimentales, le hicieron las valijas con mucho cariño y previsión, metiéndole en ellas ñandutí para la señora y dulce de leche para la familia. Cayetana fue la encargada de llevar las valijas hasta el muelle. Iba delante de ellos, un trecho, llevándolas a empujones y deteniéndose a cada rato, porque eran pesadas.

Eduardo se despidió de sus tías con muchos besos y abrazos. Pronto estaría de vuelta con la esposa. Nada como el país de uno para vivir. Dio a Cayetana un billete de diez pesos. Las tías rezongaron: no está bien echar a perder a las criadas. Y cuando llegaron a casa, la señorita Egidia le pidió a Cayé el billete “para guardárselo y que no se lo gaste”.

No habían pasado tres meses, cuando la señorita Eulalia al despertarse una mañana, la primera –siempre se despertaba antes de Egidia– no encontró a Cayetana como de costumbre a su cabecera con el vaso de agua tibia para enjuagarse la boca.

–Esta chica... Ya no sé lo que le pasa de un tiempo a esta parte. ¡Cayetana!...

Silencio.

–¡Cayetana!... El mate, “señorita”.

Cuando la señorita Egidia decía “señorita”, en el horizonte se dibujaban varitas verdes.

Ni una mosca

–¡Cayetana!...

Las señoritas Olmedo acudieron a la comisaría. Ésta no tuvo éxito, dijo, en la pesquisa. Lo más seguro es que ni se molestaron en buscar. Porque cuando una chica como Cayetana desaparece, de sobra se sabe el porqué; se pierde para todos, menos para uno.

Las hermanas buscaron en vano durante mucho tiempo otra "hija" que reuniese las virtudes de Cayetana. No la encontraron. Ello las trajo de mal humor por una temporada. Claro que tenían para compensarse muchas satisfacciones. Por ejemplo, la picardía blanca crecía: daba ya una hermosa sombra. Nadie parecía poseer en Asunción otra planta igual. El gajo robado seguramente no habría prendido: hay que tener buena mano. Y a la sombra de la picardía blanca tomaba a menudo el mate dulce el doctor Olmedo con su señora. Se habían venido en efecto a vivir en Asunción. Tenían tres hijos. El mayor un varoncito de cinco años, retrato del papá, lo más hermoso y rico, que tenía locas a las tías. "Su tía encanto".

-¿No me traías verduras antes de ahora?...
-preguntó a la vendedora la señorita Egidia, que tenía buena memoria.

-Sí, la señora. Hace mucho tiempo. Años. Pero yo me acuerdo.

Arreglaba sus verduras, muy frescas por cierto, en el canasto.

-Yo te traía patata y mandió, y choclo para tu chipá guazú* un tiempo. Esta picardía blanca estaba muy chico todavía. Tenías una mitacuñá* que se llamaba Cayetana.

-Te acordás de ella?... Se fue de casa.

-Seguro. Fue mi vecina allá en Lambaré.

-¿Tu vecina?...

-Se quedó con mi tía cuando se fue de acá. Mi tía vendía papas, te acordás pa*? Ña Petrona la llamaban.

-¿Y dónde está ahora Cayetana?...

-Se murió.

-¿Se murió?...

-De este lune en ocho se cumple dos meses.

-¿De qué murió?...

-Y, no sé. Hacía mucho tiempo que taba enferma, luego. Echaba sangre.

-¿No sabés por qué se fue de acá?...

-Se fue para tener hijo en casa de mi tía.

(Así que había sido eso, se dijo la señorita Egidia. Con catorce años apenas... Todas son iguales...).

-¿Y el hijo vive?

-Si, una mitacuña mí. Se llama Cayetana también. Ha de tener once años, mbaé*.

-¿Dónde está?...

-Con mi tía.

La mente de la señorita Egidia trabajaba rápido.

-¿Qué va hacer tu tía con la chica?...

-Y, no sé... Mi tía es pobre, y...

-¿Dónde vive tu tía?...

La verdulera dio a la señorita Egidia indicaciones precisas. Aun aclaró más:

-El rancho tiene una enramada de picardía blanca, como ésta. Aquello fue lo que más dio que hablar a las hermanas, luego:

-Te das cuenta?... Fue la Cayé la que arrancó la rama de picardía para dársela a la vieja.

-No te podés fiar de nadie.

Ocho días después, la huérfana estaba en casa de las señoritas Olmedo. Era una chica

espigada, sonriente. Un poco menos morena que la madre, y más linda que ella –esa pobre Cayé era bastante susto–. Crecida para su edad, gorditas las piernas. Bajo el pómulo derecho tenía un lunar negro y crinoso.

Las señoritas Olmedo estaban en sus glorias.

–Cayetana, andá buscar la carne.

–Cayetana, en Pinozá la naranja se vende a diez pesos el ciento. Andá traer.

–Cayetana, este piso esta demasiado sucio.

–Cayetana “enjaguá” mis medias.

–Cayetana, lavá los cubiertos.

–Cayetana, regá pues mi picardía. ¡Pero cuidadito con tocar ni una ramita, señorita!...

El doctor venía ahora más a menudo, solo o con su señora. Los chicos –quince y doce– estaban por allí todo el tiempo. ¿Quién los iba a mimar más? Para servir al doctor, las señoritas le ponían a Cayetana un delantal blanco que luego guardaban enseguida.

Cayetana llevaba el resto del tiempo un vestido hecho de “colas” de batones desechados, y calzado de la propia piel. Como era crecida y tenía ya formas, la señorita Eulalia muy a su pesar, renunció a cortarle el pelo “acá-peró-bolero”. Le dejó melena corta hasta la oreja, como para poder recortárselo ella con la tijera.

El hijo del doctor, cuando la madre o las tías no estaban delante, le miraba, entrecerrados los ojos, las piernas.

La mano en la tierra

a Carlos Zubizarreta

La casa de adobes se levanta cerca del río. Fue de las primeras en ofrecerse tal lujo y en ella hubo de trabajar no poco Don Blas, que en aquellas tierras nuevas tuvo como todos que sacar fuerzas de flaqueza, y hacer muchas cosas que hacer no pensaba con sus manos hidalgas. Las gruesas paredes, el techo de paja, mantienen un grato frescor aun en los más tórridos días. Úrsula, la vieja mujer india, ha regado el piso de tierra, ha esparcido por el suelo ramitas de paraíso*. Afuera, el sol abrillanta las hojas cimeras de cocoteros y bananeros. Cuando Blas vuelve la cabeza sobre la almohada, puede aun distinguir, entre los desgarrones del seto, un trozo de algo ondulado y amarillo que resbala a lo lejos: es el río, que viene crecido. De cuando en cuando, la isla náufraga de un camalote* pasa boyando. Con él navega el misterio de tierra adentro, atado a veces con el nudo escamoso de una víbora.

¡Cuántas veces en aquellos cuarenta años ha pensado Blas de Lemos seguir el camino que señalan unánimes los camalotes!... Pero nunca se decidió a despegar los pies de esta tierra roja y cálida que enceguece con resplandores y seduce con masedumbres. Tierra tan distinta de las secas y austeras donde él nació —¿cuánto hace?... ¿Setenta, setenta y cinco años?...— Ha perdido un poco la cuenta, porque acá son otras las estrellas y rige otro calendario de cosechas y desengaños. Aquella tierra, la suya, era tierra

adusta, avara de sonrisas, pero fecunda y cumplidora. Ésta es pródiga y blanda al parecer, pero pura indisciplina... Derribado en la cama, le resbalan a Blas ojos adentro las montañas sequizas y descoloridas, los páramos grises, y también los trigales interminables o los viñedos negreando su carga borracha de azúcar. El recuerdo del mar le abre enseguida en el pecho una ancha grieta azulverde y salada. Nunca más lo volverá a ver: de ello está ahora seguro. Nunca más. Hace más de cuarenta años que pisó estas riberas, hace dos que está allí clavado en la yacija*, paralela al río, y con cada camalote que pasa boyando manda una saudade al mar lejano. Al mar de su sed, que no sabe ya si es el mar azulsueño mediterráneo o el mar verdefuria, loco de soledad, que sorteó en su remoto viaje de venida. Qué lejos está todo eso. Qué engreimiento el suyo, y cómo Dios usa a los hombres cuando ellos creen estar usando su albedrío...

Desde ayer se siente peor. Por eso hizo avisar con Úrsula al franciscano Fray Pérez.

A los pies de la cama, Úrsula acuclillada masca su tabaco. Sus movimientos son mínimos y precisos. Hace menos ruido que la brisa en el pasto, afuera. El typoi* abierto a los costados deja ver por momento los pechos de cobre, voluminosos y alargados como ciertos frutos nativos. ¿Cuántos años tiene Úrsula?... ¿Cincuenta?... Quizá menos. Doce tenía apenas cuando, mitad rijoso, mitad risueño, la recibió de entre el rebaño núbil ofrecido por un empenachado cacique como prenda de alianza y de unión. Está vieja Úrsula, con una

vejez que no se cuenta por sus propios años sino por los de él, Don Blas, pero su pelo es ala de ñibú*. En cambio él, Blas, tiene las sienes ralas, y sobre la cabeza pequeña y hazañosa los cabellos aplastan su lana blanquecina. Hace muchos años, muchos, los acariciaba Doña Isabel, la joven esposa, casi una niña:

-Son oro puro, mi señor.

(También Úrsula le llama che carái*).

Se mueve por la pieza, tática y lenta, cabello de ñibú. En su rostro de madera agrietada, aceitada, Blas identifica con sutil tristeza las heces del dilatado exprimirse viril sobre el cauce impertérrito de aquella sangre oscura. Su otra mujer india, María, era más joven. Murió al dar a luz a Cecilia, su única hija, la hija de su vejez. Úrsula en cambio le había dado seis varones. Seis mancebos pujantes. ¿Mancebos? Hombres ya, alguno encaneciendo, desparramados por villas y fuertes de frontera, hasta el último, Diego, el más tierno. Él, Blas, no había podido entenderse nunca del todo con ellos. Siempre se habían entendido mejor con la madre. Aun sin hablarle, con solo dejarse servir por ella. Con ella conversaban a las veces en su lengua, de la cual él, Blas de Lemos, no pudo nunca ahondar del todo los secretos. Apenas erguidos sobre sus piernas, recién llegados a la vida en la tierra aquella, ellos sabían de ella infinitas cosas que para él, Blas de Lemos, serían siempre un arcano. Siempre sintió junto a ellos, aun al tenerlos en sus rodillas, que era él de esos seres por cuyas venas su sangre navegaba irremediable un mundo aparte, en el cual él, Blas de Lemos, era el llamado a aportar la simiente, desgastándose

y empequeñeciéndose en la diaria ofrenda, mientras la mujer la recogía silenciosa creciendo con ella, para amamantar luego con sus senos oscuros y largos a hijos que seguían siendo un poco color de la tierra, siempre un poco extraños, siempre con un silencio reticente en el labio tímido y un fulgor de conocimiento exclusivo en los ojos oscuros; que cuando decían "oré"... trazaban en torno de ellos mismos un círculo en el cual nadie, ni aun él, el padre, el genitor, tenía cabida; un ámbito hecho de selva y de misteriosos llamados girando en la luz taciturna de un planeta de cobre, un mundo con el cual él nunca había acabado de sentirse en lucha. Recordó a Diego, su ultimogénito varón. El único que había sacado los ojos azules. Blas lo amaba entre todos por eso, sin decírselo; aquel color parecía aclarar un poco el camino entre sus almas... Diego, lejos como todos...

-¿Avisaste al Padre Pérez, Úrsula?...

-Avisé, che carafí.

Una voz, cerca, oxea* un bicho. La voz cantarina de Cecilia. Cecilia con su tez clara, sus trenzas negras, sus ojos que si no fueran un poco altos parecerían andaluces. Blas piensa en ella con ternura. Está prometida. La desposará el joven Velazco, el hijo más joven de Pedro Velazco, su viejo amigo hace poco difunto. Hela ahí en la puerta, como empujada por la luz pródiga: Cecilia con sus typois limpios, su flor en la trenza, sus diligentes pies descalzos.

-¿Cómo os sentís, señor padre?...

El castellano en sus labios tiene un acento deslizado y suave, algo así como de otra provincia desconocida de Castilla. La muchacha

se acuclilla a la cabecera del padre, y sigue su trabajo en el bastidor, donde poco a poco aparece un diseño semejante a una rueda de delicados rayos. La aguja viene y va. De cuando en cuando una mano pequeña y morena se posa en la frente de Blas. Las sombras se van recogiendo hacia el pie del seto. El amarillo del río se disuelve en el diluvio solar. De pronto una sombra alta obstruye el vano de la puerta. Cecilia se levanta presurosa a su encuentro, besa la mano del enjuto y hosco fraile. Luego se retira hacia los fondos de la casa, junto con Úrsula. Solo Dios puede ser tercero en esta entrevista entre Blas de Lemos y el confesor.

Hace rato se fue el franciscano, dejando tras sí la promesa de volver con los Óleos, y un penoso surco de luz en la conciencia de Blas de Lemos. Al interrogatorio escueto del Padre Pérez, sombras hace tiempo aquietadas se han puesto de pie en su memoria, se mueven sonámbulas a una luz sesgada, dura. Esa luz nueva pule, con claroscuro de antiguo relieve, la imagen de Doña Isabel, la joven esposa, casi una niña, abandonada en la casona castellana. Prometiéndose muchas veces hacerla venir; nunca lo cumplió. Estaba encinta cuando la dejó. Muy después supo que había dado a luz un varón; que lo había llamado Blas, como el esposo olvidado. El joven Blas –pero no; no sería ya un joven: un hombre ya con la barba rubia quizá y los ojos azules– murió en aquella batalla... ¿Cómo se llamaba? ah, sí, Lepanto, donde dice que tanta honra alcanzaron las armas españolas... Trata en vano de imaginarse al hijo que nunca vio... ¿Y ella, Isabel? Hace años que nadie le dice ya nada de ella. Quizá ha muerto ya.

Quizá aun vive retirada en su casona, o en un convento, como tantas otras esposas y novias abandonadas. Quiere imaginarse a Isabel como ha de estar, si vive: vieja, achacosa: no puede. La ve obstinadamente niña, rubia y grácil como una espiga. Cuarenta y cinco años... Quién pensara que el tiempo podía pasar tan de prisa. Quién pensara que aquellas cosas pudieran quedar así tan lejos en las distancias del alma. Al fin y al cabo no había sido un sueño triste; pero le gustaría poder despertar...

—¿Habéisme dispuesto el colete* de piel hoy, Doña Isabel?... He de ir de caza.

—Dispuse, mi señor. Y el tahalí* nuevo, encebado ha sido por Gonzalvico.

Qué lejos todo eso. Y qué de prisa pasó para él tan largo camino; combatiendo de día, vigilando de noche, arcabuz al brazo, cuando no sembrando semilla blanca en aquella corriente oscura que la recibe impasible, aclarándose apenas, pero no en la mirada.

—Acá no va a venir mucha gente por ahora. Tierra pobre, Blas.

—Sí, Pedro. Vamos a estar muy solos.

—Tendremos que hacer nosotros la gente. A fuerza de ijada*...

(Risas).

Años primeros agitados, llenos de peripecias. Años ricos de peligro y pobres de provecho. Hubo de acompañar a Ayolas* al Chaco. En su lugar fue su amigo de infancia, Jerónimo Ortiz, el del perpetuo buen humor, el de la guitarra siempre presta. No volvió. Él, Blas, pudo haber sido encomendero: prefirió ser de los de arma al brazo. Arriba con Irala*, abajo con Cabeza de Vaca*, de picada en picada y de fundación en

fundación. Y cuando quedó inútil del brazo izquierdo, pasó a manejar la pluma. Había escrito mucho. Memoriales y mensajes, pliegos que iban y venían por caminos duendes, hoy abiertos, mañana comidos por la selva; o que dormían meses un sueño de viento y sal en la cámara de algún bergantín perdido entre cielo y mar rumbo a la patria... Y había escrito también sus memorias. Escribió lo que hizo, y también un poco lo que no pudo hacer en aquellas tierras mansas y tenaces. Bajo la almohada guardaba el mazo de papeles. Parte de la conversación con Fray Pérez, sobre ellos había sido.

-Aun no decidí, Padre, qué hacer con ellos. Será cuando vengáis a darme la Santa Unción. Si mi mano derecha señala la almohada... tomadlos, Padre, tomadlos y quemadlos, porque será que así lo he resuelto para mejor descanso de mi alma...

-Se hará como decís, hijo mío.

Allí bajo su almohada están y aun no sabe qué hará con ellos "Centón de aventuras y crisol de desengaños de un hidalgo en tierras de Indias" los intituló un poco presuntuosamente. Hace rato no los relee, pero puede recordar párrafos enteros.

-... Son tierras de un rico verdor; tan verde, que creerías guardaron para sí todo el verdor que les falta a tus tierras castellanas. Y hay flores y bestias extrañas, tal cual las debió ver nuestro padre Adán al despertar crecido y sin remordimiento en aquella mañana primera. Pero los crepúsculos rápidos y excesivamente coloreados no conocen el ritmo lento y señorial de los cielos nuestros y sus árboles enloquecidos como si se hubiesen hecho yelmo de un

pedazo de aurora, solo son eso: flor; no portan fruto que te alimente y satisfaga...

-... Y las abrazas, y no se te niegan nunca, ni conocen remilgo de dama consentida; pero de sus brazos sales como hidrópico que ha bebido vaso tras vaso sin conseguir calmar su sed. Y tu oído se secará sin las palabras soñadas, y tu lengua querrá en vano entregar su dulzura, pues no habrá vaso para ella...

(¡Isabel, Isabel!...)

-... Y llevan en sus brazos a tus hijos hasta quebrarse la espalda, y los amamantan hasta derrumbar toda gallardía. Y los podrías matar y nada dirían, pero tú sientes que esos hijos que podrías inmolar como Abraham al suyo, no son tuyos, porque al mirarlos hay en sus ojos un pasadizo secreto por el cual se te escabullen, y van al encuentro de sus madres en rincones solo de ellos conocidos, y nunca puedes alcanzarlos allí...

-... Y les mandas y te obedecen, los ojos bajos; en vano querrás hallarlos en rebeldía; pero sus labios se aprietan sobre razones que nunca podrás hacer tuyas y sus pies hilan caminos que tú nunca podrás levantar. Y su obediencia te deja defraudado de amor, y su silencio está poblado de cantos extraños...

-... Y tú les enseñaste a tocar tu guitarra clara, tan distinta de sus raros instrumentos de ahogado gemir, y ellos aprendieron pronto; pero cuando empezaron a tocar solos, su música no era ya la que tú conocías, y era como cuando en los sueños alguien ha cambiado tu rostro y tu espejo no te reconoce...

-Y escuchan atentamente a los hombres de Dios que traen Su Palabra, y reciben

contentadamente el bautismo; pero adivinas que cuando le hayan acogido para siempre, ya no será el mismo, porque ellos habrán descubierto que Él puede tener también su rostro, y se lo cambiarán...

Herejías también. ¿Qué puede escribir un hombre blanco perdido dos veces en la entraña oscura de esta tierra para no perderse a sí mismo?... Herejías. Un hombre tiene hijos para recuperarse en ellos; Blas de Lemos no ha conseguido reencontrarse en la muchedumbre de sus hijos. Solo los ojos de Diego se le encienden a trechos en la memoria como lámparas que quisieran alumbrarle algo. Bajo la almohada, el mazo de papeles cruje levemente cuando Blas de Lemos mueve, cada vez con más pena, la cabeza...

El sol ha doblado el techo de la casa, golpea la pared contra la cual se apoya el catre. Una umbría cálida sube del lado del río. A intervalos se oye ahora un grito marinero. Blas pregunta –o cree preguntar:

–¿Qué voces son esas?... ¿Llegan naves de España?...

–Son navíos, señor padre, que se arman para ir a poblar Buenos Aires. Los manda el propio Don Juan de Garay*.

Buenos Aires. El estuvo allí. Probó hambre y espanto. No le inquieta ya ahora. Sus ojos cansados se abren para apenas distinguir en la penumbra del atardecer los rostros que se inclinan hacia él, cargados de sueños que empiezan a serle también tan lejanos como aquellos recuerdos: Úrsula, Cecilia, el joven Velazco, el prometido de Cecilia. Es un mancebo de buen ver, cutis aclarado, pelo terso de

reflejos leonados, los ojos negros y densos tras los pómulos anchos. No tiene barba a pesar de sus veinticinco años. Estos mancebos de la tierra tienden a lampiño... Los jóvenes están arrodillados a la cabecera, y Blas los bendice. En su alma donde la soledad crece, se filtra como leve vedija de humo un raro temor: ¿hacia dónde va esta descendencia cuya unión ha bendecido hace un instante, con su misterio y su secreta sabiduría siempre vedada por él?... El mazo de papeles cruje una vez más bajo la almohada...

... ¿El río amarillo se ha tornado de sangre?... Blas flota en un mundo por mitad de sombra y de relámpagos. Alguien solemne y lento se inclina sobre él. Es el franciscano Fray Pérez acompañado de un acólito. Trae los Santos Óleos. Ha llegado la hora para Blas de Lemos, que si ha vivido como pecador morirá como cristiano. La ceremonia se desarrolla entre murmurios de latines y algún sollozo ahogado: Cecilia. Por fin termina. Úrsula reacomoda las ropas de la cama sobre el cuerpo, ya consagrado para la tierra, de Blas de Lemos, y se aparta nuevamente a su sitio a los pies de la yacija. Blas regresa despacio hacia su luz náufraga. A intervalos se le ilumina todo con una claridad de cobre: a intervalos todo es una tiniebla en la cual alguien invisible le lleva suavemente en andas por caminos desconocidos hacia algo desconocido también, pero que para él se llama paz. Voces sordas zumban de cuando en cuando en esa sombra apacible. El empañado cristal se despeja una vez más. Alguien está arrodillado a su cabecera.

–Vuestra bendición, señor padre.

Es Diego, su hijo menor. Todos sus hijos estaban lejos, pero Diego ha venido.

Úrsula a los pies de la cama se frota maquinalmente las manos en la pollera, y balbucea su sorpresa. Estaba muy lejos Diego... ahora, hele aquí.

–Me voy a Buenos Aires con Juan de Garay. Vuestra bendición, señor padre.

La mano de Blas se alza a duras penas, como un pájaro viejo; se posa incierta sobre la frente del joven Diego. Lo mira; ve los ojos azules, que parecen un poco extraviados en el color terrígena del rostro. Y como en las aguas de los arroyos de su niñez, Blas de Lemos ve en ellos hasta el fondo. En aquel rostro moreno, un poco tosco pero noble, en aquellos ojos azules, Blas de Lemos recupera por un instante, en un relámpago, toda su juventud desaparecida. Allí en esos ojos está la sangre soñadora y loca. La sangre destinada a verterse sin sosiego y sin tregua por los cuatro puntos cardinales.

–Dios te bendiga y lleve de su mano. Que tu sangre prospere y tu progenie sea numerosa...

Tal vez quiso decir también: dichosa. Pero no sabe por qué no pudo decirlo.

Sin embargo, se siente feliz, con una felicidad casi dolorosa, que es casi como revivir. Aquellos ojos azules parecen multiplicarse hasta el infinito, pueblan con su destello esperanza un ámbito sin lindes. La mano de Blas de Lemos, infinitamente fatigada, sube hacia la cabecera. Se creería quiere alcanzar la sien. Pero el franciscano, inmóvil en su rincón, ha comprendido. Se acerca a la yacija, mete la

mano bajo la almohadá. El mazo de papeles pasa a su manga. Una mirada aun al lecho donde juega la luz rojiza del velón; a Úrsula con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, inmóvil a Cecilia que se enjuga los ojos con un extremo de su manto blanco. Sale, Blas nada ha visto ni sentido. Ha regresado a su mundo de alternadas luces y sombras, cada vez más de éstas, menos de aquéllas.

Al amanecer, algo como una nube o un ala enorme encortina por unos instantes el cielo aun indeciso frente a la puerta. Úrsula y Cecilia han corrido a la ribera. Si Blas estuviese despierto sabría que son los navíos que zarpan llevando a los colonos de Santa María del Buen Ayre. Pero Blas de Lemos yace definitivamente inmóvil. Su mano derecha tendida hacia el suelo, crispada, parece querer prender la tierra.



Sisé

El hombre –chata escultura, casi relieve en la luz dura del amanecer– afirmó entre la rota maleza la pierna embarrada; en la máscara pétreo del rostro se clausuró la mancha amarillenta de una esclerótica. Se echó a la cara el fusil. El informe bulto doblado sobre las plantas de maíz no alcanzó a oír el tiro; pero se echó atrás en un movimiento sorprendido, casi gracioso, y quedó medio oculto entre las hojas secas, mientras la mazorca otra vez libre se balanceaba como jugando.

El hombre se aproximó despacio, acompañado del sordo rumor de sus bombachas*, el fusil en la mano, los ojos ahora dos cautas hendijas en la sombra del Stetson. Tocó el montón inmóvil con el pie. Por encima de la madera lustrada de una espalda, algo envuelto en una red oscura rebulló: una lerda arañita torpe que se desperezó pareció ir a escapar, regresó de un desmayo, se abrió toda; y un quejido se disolvió en el aire filoso de la madrugada. El hombre se inclinó, echó mano al revoltijo, levantó hasta su rostro un burujón que se contorcía flojamente y piaba como un pájaro. Lo examinó con rápida ojeada, lo dejó en el suelo, tanteó otra vez con la puntera del pesado zapatón el bulto caído, sintiendo a través del rígido cuero la pesadez irremediable de su abandono. Miró un instante la espesa mancha que rodeando el cuerpo acrecía su contorno –curiosa sombra a favor de la luz naciente– alzó el montoncito oscuro, echándose la red al hombro, y se alejó en la misma dirección en que

había venido entre neblina y rocío, esa mañana.

Del fondo de la isla próxima, una mosca verde volaba ya veloz hacia el abandonado montón, como hacia una tierra prometida a su raza desde los siglos de los siglos.

Cuando llegó a la casa, larga aun la sombra, y fría, en la mañana lila, charlaba el consentido loro hambriento en el hombro del peliblanco peón Luzarte –el único allí que se cuidaba de los animales–, chirriaba la cadena del pozo hondo como la sombra misma del día recién nacido. La madre del hombre tomaba mate en el patio, allí donde la vieja palma espinosa se mimaba de orquídeas. El hombre dejó caer el burujoncito oscuro a los pies de la señora, le sacó la red sospechosamente parda. La señora lo miró, escupió en el solado:

–Una cuñá*. Podías háber tenido mejor ojo. Y enseguida:

–Cambiate la ropa. Tenés sangre en la espalda.

La cocinera llegaba con el mate de pesada plata. Lo entregó a la patrona; luego alzó a la criatura, le miró la boca como a un animalito:

–Un año, a gatas.

Lo dejó en el suelo y fue a buscar otro mate. Cuando volvió:

–Tiene que tomar leche, la señora. Estos maman hasta tarde.

La vieja hizo un gesto desdeñoso, entre dos chupadas:

–¿Quién va perder tiempo en eso?

–Yo le daré. Yo cuidé el chanchito guacho, ¿te acordás, pa?...

Y la cocinera se llevó la criatura a la cocina. Le dio leche, con la misma mamadera del

chanchito, lavándola bien primero, claro. La mantuvo lejos de las piezas, para que su lloro –aunque pocas veces lloraba y tan bajito– no molestara. Y le puso entre las manecitas oscuras una vieja lata de café en la cual había encerrado unos porotos, que al agitar la lata sonaban suavemente. La criatura sentada en el suelo de la cocina, chupaba un hueso que la cocinera le pasaba de su plato, y de cuando en cuando se llevaba la lata al oído.

La patrona, allá en la capital, iba siempre a misa; acá en la estancia no siempre podía; le pesaban mucho las piernas. Pero allá en la ciudad y aquí en el monte era igualmente católica. Fue ella la que dijo:

–Hay que bautizar esa mitá cuñá.

Fue asunto dilatado hallarle un nombre, porque a nadie se le ocurrió que ese nombre podía ser de todos los días, como Clara, o Teresa, o Juana, ni siquiera Romilda o Sebastiana. Por fin al viejo Luzarte le vino la idea de mirar un desgualdrajado calendario de veinte años atrás que constituía su lectura eventual. Buscó y buscó en el santoral. Y encontró Sisenando.

–Sisenanda... Sisé... Eso era.

Un nombre cristiano, y sin embargo, no demasiado parecido al de los otros cristianos. El viejo peón de blanquecino bigote y modos bondadosos fue el encargado de llevarla a la iglesia al arzón de su montado. En la iglesia se vio en apuros. El cura era hosco, de pocas palabras y modos impacientes.

–Hay que tenerla en brazos.

–¿En brazos... ?

–Mientras se administra el sacramento.

¿No sos vos el padrino?...

-¿El padrino?...

Con esto no había contado el viejo Luzarte. Pero ¡qué iba a hacer! Fue padrino. El cura le puso a la criatura la sal en los labios, como si la castigase. Con el mismo aire enojado le untó la frente con el crisma. Recitó sus latines corto y frunció, mientras la niña paladeando con extrañeza concentrada la sal le fijaba las dos lunitas negras de sus ojos.

-Y no olviden enseñarle la doctrina.

Luzarte se sentía un poco ridículo. Sus compañeros iban a burlarse de él. Luego se tranquilizó. Si él no contaba nada, nada se sabría.

-Sí, paí*.

Y luego, innecesariamente:

-La patrona no quiere herejes en su casa.

Los días pasaban, metálicos y ardientes, dejando su huella abrasadora sobre las islas, borrando las charcas espesas; o ensanchando el verdor de los matorrales, agrandando las lagunillas hasta pintarlas de un azul profundo por donde pasaba el tiempo embarcado en nubes y en el olvido de todos los relojes. Pasaban los días ardorosos o escarchados, y las manchas del ganado cambiaban sus mapas en atropelladas idas y venidas sobre los caminos. Los tocones que señalaban el despojo gradual del bosque iban perdiendo su desnudez de juventud pulida, ennegrecían, se jubilaban del carnaval bajo la luna, masticados por la podredumbre. Y en la cocina ahumada, tenebrosa, donde el fuego nunca dormía, la pequeña sombra apenas más clara que su propia sombra iba y venía, de un lado a otro; crecía como pidiendo perdón al tiempo,

recogiendo, de los días desvanecidos como sueños, un poco menos de su desnudez de madera pulida, un poco de cabello sobre los ojos, un poco más de redondez en las mejillas de lustrado lapacho*. Tres destellos blancos –dos los ojos, uno la boca– la acompañaban en su humildad y se abrían temerosamente sobre su oscura ansiedad de sobrevivir. La vieja cocinera era la única que le hablaba, pero hablaba muy poco; entre ella y la criatura que aprendía apenas a deslizarse, como de prestado, en aquel mundo incomprensible, solo existía el puente de unas palabras, siempre las mismas, siempre repetidas. Los peones a veces le decían algo, que Sisé no acababa de entender si era para ella o era entre ellos de ella, y terminaban riendo: sus risas la asustaban.

Un día la cocinera le puso en la mano el mate de labrada plata maciza; con una mano en su espalda y llevando la otra la pava herviente, la empujó hacia el corredor, donde la señora echada en la mecedora balanceaba su mugrienta zapatilla de cuero a ras del suelo. Le puso bajo las sentaderas un banquito apenas más alto que el misal de la señora, y le dijo: –Ahora serví el mate a la patrona.

Fue el comienzo de un aprendizaje en el cual el líquido del plateado porongo* se juntó muchas veces sobre su rostro con las lágrimas; pero mucho más caliente que ellas, ah, mucho más caliente.

Sisé fue creciendo. La tez color miel de abeja oscura, la piel pulida como los muebles de jacarandá de la sala, las pupilas grandes como dos lunas negras, los labios morados, como cortados en la flor un poco obscena del bananero. Ya

llegaba a la cintura de la cocinera, cuando ésta se acostó, una noche, y no se levantó más; tendida como estaba la pusieron en una larga caja negra que alguien trajo en carreta de alguna parte —qué ocurrencia, meter la gente en cajones— la cargaron en la misma carreta y se la llevaron. Dónde, nadie lo dijo, o si lo dijeron ella no lo entendió. Abandonada por horas en la cocina, Sisé rompió de pronto en un largo alarido, de bestia salvaje; y luego otro, y otro. Un perro, allá en el patio, se sintió solidario, y aulló. El patrón gritó algo desde adentro con su voz vozarrón de viento en el monte; un peón se sacó el cinto y le dio dos cintarazos a Sisé y otros dos al perro.

Vino la cocinera nueva, una mujer flaca, bigotuda, impaciente, que gritaba a Sisé y la sacudía a cada paso como si sacudiera el trapo de cocina. Fue entonces cuando Sisé dio en huir. Tres veces huyó. Las tres veces la encontraron a poco buscar, porque el término de su fuga era siempre el mismo: la horqueta de algún árbol en la isla próxima. La descubrían los perros latiendo con rabioso anhelo al pie del árbol; los peones no sabían verla entre el ramaje, porque era oscura como él. Los perros la conocían, la dejaban circular por la estancia siguiéndola solo con el leve giro de sus ojos perezosos; pero en cuanto escapaba habría bastado una sola palabra de uno cualquiera de los peones para que la destrozaran sin demora. Cada vez Sisé llevó una tremenda paliza que dejó moteada de manchas rosáceas su piel de lapacho. Por fin cejó. No huyó más. Pero siguió escondiéndose por los rincones inhallable cuanto más se la llamaba, y seguía creciendo y recibiendo palizas. Un buen día la

cocinera aquella la miró de reojo, hizo una mueca, y dijo:

—Es una indecencia que vaya así, pues. Ya demasiado se ve lo que crece.

Y le echó entre los brazos un vestido viejo suyo, que Sisé se ató a la cintura con una piolita encamada que encontró entre las basuras del patio. Ya los senos punzaban la tela, y la cocinera le cortaba el cerquillo sobre la frente. Los peones la miraban cada vez más incomprensible y temerosamente. Aquel año, después de mucha lluvia y frío, el viejo Luzarte desapareció del patio: tosió mucho en su pieza unos días, y luego se lo llevaron envuelto en una frazada en la carreta. Y fue para Sisé como si se hubiese apagado el fuego de la cocina en una tarde de invierno.

Unos pocos meses más tarde una noche de luna llena, en que los perros ladraban mucho, la patrona tuvo un ataque, y se quedó acostada; pero a ella no la metieron en una caja; no se la llevaron en carreta. Quedó en la cama, entre colchas de colores, y desde la cama gritaba con la misma voz del loro huérfano, y daba órdenes y hacía correr a la gente, y todo el tiempo Sisé estaba metiendo y sacando de la pieza jarras de agua, pocillos de tés de yuyos y bacinillas. Pero la señora ya no tomó más mate ni balanceó la zapatilla colgada del dedo gordo del pie, en el corredor. Ni volvió a pegar a Sisé. Le pegaban otros por orden suya. Con el talero*. Menos la cocinera, que le pegaba con una ramita de *typchá jhú**, para que recordase.

Fue al terminar esa misma primavera un día lluvioso, pero no de noche sino de siesta, cuando el patrón llamó a Sisé a su pieza,

cerró la puerta, la tomó en vilo del brazo, la echó en la cama y desplomó sobre ella sus ochenta kilos de musculatura recia y de hueso pesado. Sisé creyó que el patrón la iba a matar: desorbitó los ojos, quiso sin duda gritar; pero el hombre le apretó la boca con su mano enorme como la paleta de blandear los bifés –india de mierda, callate– y la mantuvo muda a la fuerza durante mucho rato. Cuando la echó del cuarto, quedándose él boca arriba con el aire del que ha comido demasiado, Sisé se limpió con el borde del vestido. No se le movía un músculo del rostro, pero un agua lustrosa le corría mejillas abajo. La cocinera que vio antes que nadie el vestido manchado, rezongó ásperamente algo, pero no le pegó esta vez. Le pasó por las mejillas su delantal de dudosa limpieza, le dio otro vestido y quemó aquél en el fogón de la cocina.

Se convirtió en una costumbre del patrón. Costumbre espaciada, porque sus sesenta y pico de años no le permitían ser muy frecuente en sus entusiasmos. Los peones estaban ciertamente al tanto de lo que ocurría. Era lo que tenía que suceder, y solo esperaban que llegase el momento inevitable en que el viejo se cansara de Sisé y la dejara tácitamente a su disposición.

Pero antes de que esto sucediera llegaron ese verano a la estancia los hijos menores del patrón, Nando y Toncho y su nieto Rucho. Veinticuatro, veintidós, diez años. La estancia se llenó de galopes, de polvaredas gratuitas, de gritos en desarmonía con el paisaje. La casa crepitó de carcajadas a deshora, de ruidos incongruentes. La postrada patrona pareció

costrar ánimos; Sisé no terminaba nunca de cebar mates, y en la cocina flotaba perennemente el olor del asado.

Los pelirrojos Nando y Toncho desparrramando en derredor sus miradas de halcones jóvenes, se dieron al punto cuenta de que Sisé era cosa del viejo. Durante quince días apretaron los dientes. Solo durante quince días. Una tarde agobiante de febrero, Nando siguió a Sisé al bananal donde tiraba la basura y se le echó encima. Siguió haciéndolo siempre que se le ofrecía una oportunidad. Toncho al principio se reconcomía sin atreverse; pero terminó siguiendo los pasos del hermano, y aprovechándose de Sisé cuando el hermano levantaba el campo. Cómo, no lo supieron; pero el viejo se enteró. Se sacó el cinto ancho como la palma de la mano, y Nando y Toncho con todos sus estudios universitarios, llevaron el torso a rayas por una semana. Pero aquellos azotes fueron a modo de pago y rescate. Porque el viejo no volvió a tocar a Sisé. Nando y Toncho quedaron dueños absolutos de ella. Los peones asistían a las peripecias con amarilla sonrisa. Muchas veces cobró Sisé porque se la llamaba y no acudía; estaba debajo de alguno de los muchachos allá en el bananal.

Rucho, morenito y pálido, apenas un poco más alto que Sisé, vagaba inquieto rehuyendo a sus tíos. Miraba a Sisé disimuladamente volviendo la cabeza cuando ella por casualidad lo miraba. Una vez se acercó a ella y le mostró una colección de tapas de cajas de cerillas, con caras de actrices. Sisé le mostró su cajita de café cuyos porotos hizo sonar. Rucho abrió la lata y sustituyó los porotos por unas municiones, con lo cual la lata sonó

mucho, sí, mucho mejor. Cuando Rucho y Sisé se separaron, un peón, sonriendo suciamente dijo algo a Rucho. Rucho se puso colorado hasta las cejas; no contestó. Siguió sonriendo a Sisé cuando la encontraba. Y al hacerlo le parecía que él sonreía con todos los dientes de Sisé.

Pasó el verano. En mayo se fueron Nando y Toncho y también Rucho. Pero fue al llegar los fríos de agosto cuando la cocinera una mañana rezongó mirando a Sisé.

–Jesú, che Dió*. Ésta no parece casa de cristiano.

Pero lo rezongó bien bajo por si acaso. Echó a los pies de Sisé unos trapos:

–Ponete esa pollera. No podés andar así.

Sisé endosó la pollera, ancha y largona, y disimuló su vientre engrosado. No supo por qué pero le agradó verse así, flotando dentro del género. Los peones le decían cosas y se reían, ella no les entendía pero se asustaba. Tenía frío: pero nadie parecía preocuparse por ello. Seguía trabajando como siempre, aunque aquella hinchazón incomprensible delante de sí la molestaba cada vez más. El patrón parecía no verla. Había dejado de cebar el mate a la señora, y le habían prohibido entrar en el cuarto de ésta, después que la patrona, mirándola, había entrado en una cólera terrible, había hecho llamar al señor y habían gritado los dos mucho rato, espantosamente. Los peones la miraban y hablaban entre ellos. Una siesta:

–¿Te animá?...

–¿No te animá?...

Sisé volvió a cobrar por no acudir a tiempo a los llamados.

Sisé desapareció aquella mañana. Pero aunque se dieron cuenta muy pronto, nadie se preocupó en el primer instante de hacerla seguir con los perros. De todos modos, pensaban, no podría ir muy lejos. Todo el mundo estaba ocupado en la estancia. Había llegado el día anterior la señora Fausta, la mamá de Rucho. Al día siguiente llegaría el marido, el doctor. Habían enviado un árbol de Navidad y todos estaban encantados arreglando las cosas para la fiesta. Habían matado chanchos, ovejas, gallinas, patos. Era Navidad, y como la patrona estaba impedida en cama, la familia quería hacerle la fiesta lo más alegre posible. La señora Fausta había traído un Nacimiento con un niño Jesús como nunca se había visto; con un vestido todo bordado y dorado.

Pero a la mañana siguiente sí salieron en persecución de Sisé.

Al principio los peones quisieron seguir el camino del monte. Pero los perros se resistían. Se resolvieron por fin a seguirlos. La perrada no tuvo que ir lejos. Se internó en el maizal cercano a la casa. Y a las tres cuadras escasas, en medio del plantío, en un hoyo cubierto de hojas de maíz, estaba Sisé de espaldas, inmóvil y desnuda. Entre sus piernas había algo envuelto en el vestido que se había quitado, lleno de oscuras manchas. Los perros latían presos de una angustia distinta a la de otras veces, una angustia casi lastimera. No atacaban; gemían. Los peones se miraron unos a otros. Uno se inclinó, alzó el bultito, lo descubrió. Estaba frío; tan frío como la madre. Era un varoncito de tez mucho más clara que Sisé y pelambre rojiza.

Los peones dejaron otra vez el bulto en el regazo de la muerta. Uno de ellos se inclinó a su vez para recoger algo casi oculto bajo el cuello de Sisé. Era una latita de café herrumbrosa que al removerla dejó tintinear dentro algo metálico. La hizo sonar un poco: luego la tiró por encima del hombro, entre los maíces.

...Caminaban los peones en fila india, precedidos por los perros. Allá lejos en el aire de la mañana se oyó un sonido flébil y gozoso. Era día de Navidad. La campana de la capilla lejana anunciaba la venida del Niño Dios.

El canasto

para Meco y Nenucha

El micro aquel recogía siempre los últimos pasajeros del mediodía; tal cual demorada compradora del mercado; empleados y empleadas que se rezagaban aprovechando los minutos últimos antes del cierre de las tiendas para comprar algo, porque no disponían de otra hora. Y este pasaje llenaba el micro siempre de paquetes y de bultos. Atados en los regazos, entre las piernas; canastos y bolsones desbocados en los pasillos. Como consecuencia, rezongos, protestas, un va y viene de indirectas malignas que el chofer capeaba inclinándose más aplicadamente sobre el volante, y el guarda mirando a lo lejos a través del parabrisas. Nadie iba a remediar nada. El vehículo no tenía depósito trasero ni portabultos. Y aquellas mujeres no iban a volver a sus casas a pie, tan lejos, ¿no?...

Pero ese lunes mediodía alguien se había pasado de la raya. Aquel canasto excedía las máximas dimensiones de la paciencia. Un canasto enorme, sin asas, hondo, con las orillas deshechas, desnudas las puntas de mimbre verticales y agresivas, sueltas las cañuelas heridoras, ocupaba la entrada. Dentro, un paquete de yerba, unas sábanas no muy limpias, un poncho viejo, dos o tres bolsas de arpillera. Y una incongruente, huérfana lechuga.

Colocado allí estratégicamente, al borde del escalón, todo el mundo tropezaba con él al entrar o al salir. Los que subían se despellejaban las espinillas; a los que bajaban, quedábasele

enganchado siempre algo: el manto, un paraguas, el borde del pantalón o la orilla de la pollera, en aquellos mimbres puestos allí como adrede. Alguien se dejó enganchada la lechuga aquella. Y una señorita muy paqueta había bajado unas cuadras atrás con las medias a la miseria. Culpa de ella, solamente, desde luego. Ponerse media fina para andar en micro. Mejor ponerse para pasear por un caraguatal*.

Todo el mundo rezongaba y maldecía del canasto. Pero saltaba a la vista; aquel era el único sitio en donde podía ir. La dueña, repantigada en un asiento cerca del fondo, cerraba los párpados, arrugados como los de un lagarto viejo, y callaba, como si tuviese tanto que ver con aquel canasto como con las tripas del chofer.

...Una cuadra, diez, veinte. El casco urbano quedaba ya atrás. Unos pasajeros bajaban y otros subían: pero eran ya más los que bajaban. El pasaje se había renovado varias veces; la dueña del canasto, negruzca, sebosa e inmóvil continuaba sin embargo su trayecto, y el canasto seguía en su lugar.

El micro llevaba ya varias cuadras sin alzar pasajero alguno. El sol golpeaba el asfalto con un estallido de luz casi sólida. Los plátanos nuevos junto a los cercos saludaban al vehículo al pasar con sus paletas de metal bruñido. El chofer se limpiaba con la manga la frente rezumante, mientras el guarda, flacucho y de rostro picudo, sentado en el asiento más cercano a la estribera, se recostaba en el respaldo y se rasca la planta del pie en el borde del canasto. El micro aumentaba su velocidad: volaba. Los pasajeros callaban; tanto, que la dueña del canasto

se arriesgó a abrir los arrugados ojos de lagarto. Más cuadras sin pasaje. Por fin allá lejos alguien agitó una mano. Paró el micro. Subió primero un chico con un canastito, y tras él una mujer con una criatura de pecho en brazos. El guarda se comió a tender una mano para ayudarla a subir. Aunque no vieja, la mujer parecía muy cansada. Temerosa del avanzar, ya en marcha de nuevo el micro, la mujer se dejó caer en el asiento delantero. El chico se había sentado ya al otro lado del pasillo, el canastito sobre las rodillas.

El micro recuperaba su velocidad, ahora rebotando un poco, porque se había terminado el asfalto. La mujer se desprendió un poco el manto negro, se abrió la blusa del vestido floreado y desteñido, y sin curarse de la lúbrica mirada del guarda, entregó al hambre de la criatura —una criatura morenucha pero singularmente rolliza y sana— un pezón oscuro y como inflamado, rematando un seno parecido a una orcita de barro. Para acomodarse mejor, la mujer alargó una pierna desnuda; tropezó en el canasto y se arañó la piel. Se inclinó; el borde del manto colgante se enganchó en la deshecha orilla del canasto. En vano la mujer procuró desprenderlo, pugnando penosamente con la mano libre; el fleco no quería soltarse. Un bamboleo del vehículo enganchó otro fleco; el manto se descolgó del todo de los hombros de la mujer y cayó al suelo. El guarda lo recogió, desgarrando un poco los flecos al soltarlo; lo entregó a la mujer.

—Gracias, che memby* —dijo ella.

Y luego, rezongando:

—Cómo se animan, che Dió, traer esta porquería para perjudicar su prójimo.

El guarda miró al paisaje a través del parabrisas.

La dueña del canasto había cerrado de nuevo, prudente, sus párpados de lagarto beatífico. Había además de ella dos muchachas rubias, descoloridas, de luto; un muchachón. Alguien dio el nombre de una calle, a la vez que un brazo hacía señas náufragas al extremo de la cuadra. El micro paró. Bajaron las dos chicas de luto y el muchachón, y subió un señor rubianco, calvo, la camisa pegada a una espalda montañosa, la frente un campo de angustiados rocíos. Con un suspiro de desahogo se dejó caer en un asiento delante de la dueña del canasto. Sacó un enorme pañuelo blanco y se enjugó la cara.

Más y más cuadras sin parar. El mitaf* en su asiento inmóvil, el canastito sobre las rodillas, entrecerraba los ojos. La mujer cambió a la criatura de seno. Al hacerlo, el manto resbaló de nuevo, como estirado subrepticia e hipócritamente por los mimbres en acecho. La mujer se inclinó una vez más; pero no quería molestar a la criatura, que chupaba ávida, y así no pudo recogerlo. Volvió la cabeza, miró a la mujer de ojos de lagarto. Solo ella podía ser la dueña del canasto.

—De quién mi Dios este canasto, quiero saber.

El guarda volvió una vez más la mirada al paisaje lejano. En la esquina próxima un resplandor blanco e inquieto; un grupo de escueleros. Seguramente examinando, "febreristas". Todos tenían las mejillas arrebatadas por el sol. La mujer seguía comentando, por su cuenta.

—Cómo es que se puede dejar estas criaturas tan tarde así en la calle con este calor.

El micro se tragó a los chicos como un sorbo de espuma. Al subir, dos o tres de ellos pisaron el manto caído. El último, un esmirriado pecoso, tropezó con el canasto y se arañó las rodillas. Al levantarse, pisó su propio guardapolvo, que se le desgarró.

—La pucha. Lo que va decir mi mamá ahora.

Lloraba casi. Los otros rieron. Sentábanse ya con gran algazara en el fondo, porque querían ir juntos. Todos se reían del feo y pecoso. Titito no tenía suerte. Le habían aplazado de nuevo. Y de yapa se había arañado las rodillas y desgarrado el guardapolvo, y su mamá le iba a dar una paliza.

El micro iba ahora disparado. El chofer, recostado en el respaldo, entrecerraba los ojos —o la mujer veía mal?...— y parecía dejar al vehículo correr por su cuenta. Seguramente estaba deseando llegar, entregar su turno y descansar. Quizá había ido de juerga la noche anterior, domingo, y tenía sueño. Tal vez se había casado hacía poco y le esperaba una mujer joven y cariñosa. Quizás simplemente deseaba llegar porque tenía apetito y pensaba en un buen plato de loco*.

La calle se extendía ante el micro con su ligera concavidad de hamaca o de intervalo entre dos olas. Allá lejos, a las pocas cuadras, se precipitaba limpiamente en el terrible azul de la siesta.

El nene seguía chupando. Al fondo, los escueleros se divertían de lo lindo tomando el pelo a Titito.

—Sos un chambón. Ni copiar sabés.

—Cómo voy copiar si me está mirando la señorita todo el tiempo.

–Mirá como hice yo para llevar copiado mi tema y que no me vea.

–¿En el pellejo de tu muslo?... ¡Ayjuelete!...

La mujer movió sin darse cuenta la pierna; el mimbre volvió a rozarle la piel. Furiosa, dio un puntapié al canasto, sin moverlo, por supuesto; estaba bien encajado. Miró otra vez por encima del respaldo a la vieja de los ojos de teyú*. Cómo se puede traer esas cosas en micro. En tranvía si acaso. Miró luego a su hijo, en el asiento de al lado. Dormitaba. Él también estaba cansado, angá*; despierto desde la madrugada. El cabello crecido le comía las sienes y la nuca, donde los tendones se destacaban tirantes como dos piolines. Los brazos flacos rodeaban el canastito donde se juntaban las sonseras que la patrona le había dado como siempre que iba a hacer la limpieza de la casa. Un poco de azúcar. Un resto de café, casi sin aroma ya. Una lata de leche para la criatura, que nunca se hartaba. Y, milagro, un buen pedazo de torta de la fiesta de quince de la hija de la patrona. El chico le había pedido un pedacito:

–Quiero probar, mamá. Tengo hambre.

–Cuando llegemos en casa, che memby. Rosalina angá también ha de querer probar.

El no había protestado. Era obediente. Ahora al verlo tan cansado y flaco, la madre sintió no haberle dado aquel pedazo. Lo miró otra vez. Tenía que enviarle a la peluquería y comprarle una camisa. La ternura silenciosa de los pobres no da para más: para cantos o canciones. Queda en eso. En lo necesario. Un corte de pelo. Una camisa menos vieja que la puesta.

El micro paraba. Titito corría hacia la salida. Trastabilló al tropezar con el canasto. El

guardapolvo se le enganchó de nuevo y el desgarrón se hizo imponente. Aterrizó en la vereda con un salto descoyuntado. Los compañeros se morían de risa:

-¡Titito yetudo*!

-¡Titito fúlmine*!

Titito dobló la esquina lloriqueando, y desapareció con el trozo de guardapolvo descolgándosele sobre la pierna. El micro se alejaba ya hecho una llama bajo el sol.

La mujer pensó que pronto le tocaba bajar, y quiso recoger el manto enganchado y pisoteado. Fracásó. El bebé prendido al pecho -nunca se hartaba, che Dió- le impedía maniobrar. Se enderezó decidida a decir cuatro cosas a la vieja aquella tan desconsiderada. Y en ese punto algo gris, rugiente, le oscureció la vista, ocupó todo el espacio del mundo. Una fuerza prodigiosa la echó atrás, primero, luego hacia adelante, descuajándola; los brazos vacíos, la boca abierta en un grito que no alcanzó a sonar; un grito por algo que no supo ya qué era, antes de atravesar aquella parrilla de crueles filos quemándola por dentro. Un trueno opaco y remoto le atropelló la frente. Un montón floreado quedó encajado en la estribera.

En el asiento de atrás los mitaís habían callado, y no se veía ninguna cabeza. La mujer de los ojos de lagarto caída en alguna parte, quizá debajo del hombre gordo, del cual solo se veía la espalda como un enorme atado de ropa sucia. El mitaí, colgado sobre un respaldo, como puesto a secar, manaba despacio sangre de la cabeza. El volante no se veía; el chofer, doblado hacia delante, boqueaba sin ruido.

... El canasto se había volcado sobre las piernas del guarda, quien con la cabeza desgarrada fuera del parabrisas, parecía haber satisfecho de una vez su curiosidad de paisaje. Pero de debajo de la canasta se levantaba ya un lloro, lloro frenético, indignado de una criatura a la cual han arrancado, sin justificación suficiente, el pecho antes de hora.

El espejo

a Augusto Roa Bastos

Yo mismo he pedido pusieran mi sillón frente a este espejo, el espejo del ropero antiguo que ocupa casi todo un testero* de la pieza. Un ropero imponente, de fina y compacta madera, que en una época más desahogada le pareció "demodé" a mi esposa —era de su abuela— y fue cambiado por otro, menos sugestivo de sólido bienestar, pero más moderno y vistoso.

El armario y yo estamos por igual arrinconados. El armario está lleno de trastos diversos, esas cosas heterogéneas que no se tiran porque cuelgan todavía de un pelo de sentimiento o una vaga esperanza de utilidad. Cosas que no se resuelve uno a echar a la basura, pero que a las que no se busca sino cuando es preciso. Como a mí.

El armario está a medio metro de los pies de mi sillón cama; el espejo me enfrenta vertical, inamovible, encuadrado en el oscuro panel cuyo lustre natural no pierde, antes gana, al correr del tiempo. El espejo es del ancho de mi sillón, del alto que yo tenía cuando aun estaba en pie. No se hacen ya espejos de ropero así, ahora. Estoy frente a él desde hace tiempo; desde aquel invierno en que, trasladado a esta pieza más pequeña en homenaje a los recién casados —ellos tenían que moverse, yo no— quedé más solo que antes, cuando ocupaba la pieza frente al pasillo y sentía circular la vida de la casa en su diario curso, como quien siente correr su sangre en los pulsos. La habitación no tiene ventanas.

—¿Te importa mucho que no haya vista afuera? —me preguntó mi esposa al mudarme aquí.

Y yo dije con la cabeza que no, que no me importaba.

¿Qué iba a contestarle?... Cualquier respuesta habría dado lo mismo. No había en la casa otra pieza disponible. ¿Y cómo decirle que para quien está clavado en su sillón sin remedio y sin indulto, un pedazo de montaña a lo lejos, un retazo de cielo con sus cambios de día a noche, de sol a lucero, de azul a gris, amarillo a rosa, son su único viaje, su paseo único, su sola opción a alejarse de su cepo un instante?

Desde luego, la pareja joven no habría cabido en esta pieza, con su cama doble, sus mesillas y su ropero. Tal vez —por qué no imaginarlo un momento— de haber yo protestado se hubiesen arreglado los novios de otra manera, aunque no imagino cómo. Pero su descontento me hubiese perseguido en cada réplica, en cada mirada, en cada observación, en cada suspiro, en sus mismos silencios. En cada uno de sus cálculos para el futuro hubiese entrado la x de mi definitiva ausencia y subsiguiente vacancia de la pieza. Quizá piensen: Él ha visto montañas y cielo durante setenta años. Nosotros solo hace treinta que los vemos. ¿Y de qué serviría que yo les dijese que por eso mismo, porque a mí me quedan menos años que a ellos para verlos, es injusto que yo esté sentenciado a no mirarlos más?

Sí. Soy yo quien menos derecho tiene a elegir su rincón en esta casa. Aunque yo la haya construido palmo a palmo, visto poner cada hilada de ladrillos, acariciado con mi mirada y probado con mis dedos cada paletada de

mezcla. Yo levanté esta casa. Su hall, sus dormitorios y su comedor, su living, su cocina, su baño. La construí poco a poco, añadiendo habitaciones a medida que la familia crecía. Esta pieza donde estoy confinado fue la última. La construí pensando en los objetos más míos que había en la casa y que no quería que nadie tocara; libros, colecciones de diarios, instrumentos profesionales (Todo desapareció hace tiempo; vendido, regalado, tirado; quizá anden por ahí desgualdrados, alguna novela de Hugo Wast* o algún folleto de O'Leary*). Tenía una ventana; se tapió un día, unos meses antes de mi enfermedad, porque en la madera entró cupií*, y hubo que sacarla; no teníamos ya plata para pagar una ventana nueva. Yo tapié con mis propias manos la ventana, sin saber que cerraba mis ojos en vida para el cielo y los árboles.

Por eso pedí que pusieran acá este ropero, el ropero arrinconado en el fondo del pasillo y que varias veces ya habían estado a punto de vender; lo hubiesen vendido ya si no fuera que daban por él una miseria (Lo que decía mi esposa: *la luna sola valía mucho más*). Lo pusieron aquí porque no podrían negar también esto a un desterrado. Yo lo soy. Desterrado del sol, que solo en unos pocos días del invierno, cuando está más bajo, entra por el balcón del comedor y se alarga como un puñal de oro hasta el umbral de esta habitación (torciendo un poco el cuello, puedo verlo). Desterrado del paisaje y del aire que se pasea con las manos en los bolsillos de nada por las calles y plazas de las ciudades, por los valles y montañas del mundo. Quizá, si lo pidiese, me sacaran alguna vez al patio. Pero el sillón cama es pesado y

fastidioso de manejar; y luego los enchufes... en fin, ni pensar en esto. Y además, ellos se han acostumbrado ya a creermelo acostumbrado.

Mi hija Berta trajo el otro día unas flores recogidas en el campo durante un picnic. No cabían todas en el florero del comedor. Celia le ayudó a arreglarlas.

-Ya son demasiadas, ¿ves?

-¿Qué hacemos con éstas?

-Ponelas sobre la mesita de papá.

-¿En ese jarrito desportillado?

-¿Y qué más da? ¿Quién lo va a ver?

Me hace daño oír cosas así. Claro que no lo dicen para mí. Lo dicen entre ellas. Pero no les importa -es decir, no piensan en ello- si oírlo me va a hacer daño o no. Y por otra parte, no estoy tan seguro de que un silencio absoluto como el de mi esposa me satisficiera tampoco. Ella nunca me dice nada. Y su silencio, que quizá sea piedad, me suena unas veces a cruel indiferencia; otras veces a indiferente crueldad. Es como si me dijera:

-Ya estás clavado en ese sillón. ¿Qué es lo que puedes hacer, sino perfeccionarte para el entierro?... Medio muerto ya. ¿Para qué querías saber de los árboles que florecen, de los arroyos que corren y de los pájaros que cantan?... Mejor te olvidas de todo.

O como si la oyese cuchichear a los otros:

-No le digamos del sol en las hojas, ni de los árboles en flor, ni de las calles llenas de gentes que van y vienen contentas. ¿No veis que los ha olvidado?...

Pero nada de eso es verdad. No es cierto lo que piensa su egoísmo ni lo que quiere creer su piedad. Dos formas de un mismo egoísmo

al fin y al cabo. Un egoísmo razonable por otra parte. Porque yo sé que no es posible tener siempre sentado sobre el alma este peso de mi cuerpo paralítico. Les impediría respirar. Como les impidió cantar a mis hijas durante un tiempo. Durante esos meses en que, perdida la esperanza de restablecerme, aun, todo les parecía poco para compensarme de lo que perdía; cuando vendieron muebles y alhajitas para proporcionarme este sillón con enchufes en el respaldo, que puedo encender y apagar con solo aplicar la sien... (Cosa del marido de Berta, que tiene cierta imaginación, aunque por otro lado es un farabuti* que no trabaja y cuando gana algo es para comprarse algo para él: un revólver, una grabadora, una motocicleta, pero nunca da un peso para la casa). Sí; durante meses, mis hijas enmudecieron. Eso pasó; sin embargo, el nudo de la garganta se cortó un día de primavera, y Berta y Celia cantaron otra vez.

Oírlas cantar no me desagrada ahora. Más bien me gusta, con ese gusto ácido que toda alegría ajena tiene ahora para mí. Porque eso me da a entender que todavía son dichosas. Todavía pueden cantar y reír y poner un pie delante de otro; ir a donde quieren. Ahí está mi nieto Orlandito. Ahora empieza a caminar (Él es también un paralítico a su modo. Un paralítico que aprende a moverse. Mientras que yo voy aprendiendo despacio a quedarme más quieto). A veces, en el comedor, Berta le enseña a poner sus piernecitas una delante de otra, y yo puedo seguir parte de la lección en el espejo:

—Ahora ésta... Ahora la otra... Así.

Orlandito va hacia el mundo, hacia el cielo

azul, la tierra verde, el río fugitivo. Aprende a recordar. Yo vengo de ellos, a aprender el olvido.

Por eso hice poner frente a mí este espejo. Era una manera de no estar tan solo. De acompañarme yo mismo con algo más que este pensamiento que transita por mi cerebro, que no puede ya circular por mi cuerpo, que a veces se precipita angustiosamente, hasta sentir que me golpea y lastima la bóveda del cráneo, como una rata enjaulada. Este pensamiento que no puede salir de mi cuerpo y que no se dice a nadie. Aun suponiendo que yo pudiese humillarme hasta decirlo. Porque hay algo obscuro en el pensamiento que corre dentro de un cuerpo inmóvil, como una serpiente bajo una alfombra. ¿Pero acaso se les ocurre a ellos esto? Para ellos mi pensamiento libre, el pensamiento que traspasa muros y salta semanas y años atrás o adelante, se ha detenido en el mismo instante en que caí fulminado por el derrame en las escaleras de mi casa. No olvidan que puedo necesitar comer, beber, ir de cuerpo. Pero otras ansiedades que pudiera yo sentir no les inquietan; que la cabeza que corona este montón de miembros inútiles pueda pensar, no se les ocurre. No pueden –o no quieren– pensar que este cuerpo inmóvil puede sentir odio, hastío, asco, y hasta –en ocasiones raras y trucidantes como relámpagos abriendo en mí una grieta nauseosa– un ansia inenarrable de vivir. Su imaginación se agotó mucho antes que su pena y su inquietud. Al principio, sí, se preocupaban por mí; les interesaba estar

tranquilos, y para eso trataban de conocer mi pensamiento. Era cuando me hacían preguntas. Preguntas reiteradas girando disimuladamente en torno de sus propias inquietudes, no de las mías. Preguntaban cosas que no podía contestar, y mi desgano en responder los llevó a pensar –con qué alivio– que mi pensamiento dormía. Cesaron de interesarse por él.

Lo malo es que al cesar de interesarse mi pensamiento, dejaron de interesarse por mi cuerpo también. Poco a poco –muy poco a poco, es cierto– dejó de atenderse con la escrupulosidad de antes. A veces me siento sucio, desamparadamente sucio. El pensamiento hiede como mis carnes empaquetadas en una ropa siempre excesiva, como mis axilas insuficientemente higienizadas.

–Quisiera afeitarme, Berta.

–El barbero está enfermo. No viene esta semana, papá.

Y luego, queriendo decir una gracia:

–¿Total, a quién vas a agradecer?...

La paciencia se hizo para las esperas largas, pero no para las eternidades; y esta espera se prolonga quizá demasiado. Cada vez se aproximan a mí con menos frecuencia. Su proximidad forzada, espaciada, a horas fijas tiene la rigidez del deber y la frialdad del encargo.

–¿Querés un refresco?

–Tomarías un café?...

–Te agradecería otra almohada?...

–¿Sentís frío?...

He catalogado sus preguntas. Diez y siete frases que se repiten con rara variante, como cuando me trajeron mi primer nieto; frases que

se repiten día a día a lo largo de los trescientos sesenta y cinco del año. Sus sentimientos están fijados ya económicamente en esas frases. Y no conciben que los míos funcionen más allá o más acá de ellas.

Estas diez y siete frases son casi todo mi código de relaciones, y he de conformarme, porque mi aporte es más pobre aun. Un sí. Un no. Un no sé. Muy poca cosa. El resto es silencio. Y mis horas se enlazan unas con otras como una cadena de eslabones arbitrariamente desiguales: largos tramos que son momentos, abreviados eslabones que son horas y horas de un sopor que me transporta de un día al siguiente en un angustiante duermevela como la negra barcaza tapiada de los piratas infantiles.

Al principio tenía la radio. Era cuando estaba en la otra habitación. La pieza grande que da al pasillo. Había lugar, y a menudo, cuando no venían visitas, se reunían mi esposa y las muchachas para escuchar la radio, de sobremesa o de noche, acompañándome. Pero en esta pieza solo quepo yo. Y en el comedor mi esposa no quiere poner la radio. Y así yo estoy sin ella. Desde luego, las voces del aparato –avisos, goles, carcajadas de comedia fácil, gritos de orador de pacotilla– llegan hasta mí; pero es la radio que ellos disfrutaban lejos de mí, sin mí; no es la distracción que yo comparto con ellos y ellos conmigo; yo no participo de ella; al prender la radio no piensan nunca en mí: nunca me preguntan qué desearía escuchar. Al comienzo dijeron de comprar una pequeña radio de transistores,

siquiera, para mí; pero nunca pudieron juntar plata para ello –bastante hacen para vivir con los sueldos de Berta y Celia– y no se compró.

En torno a la vieja radio que conserva su voz clara y fiel –la radio que yo compré para la alegría de la casa, y con cuya música inclusive yo bailé el día del compromiso de Berta, hace cinco años– se reúnen todos: mi esposa, Berta y su marido; Celia y su novio; Emilia, mi sobrinita; Luci, la vecinita que llega aquí a afilar porque su madre no tiene radio, y su pretendiente, un mocoso todavía; dos o tres jóvenes vecinas y vecinos. Antes no los invitaban, a causa mía. Por mi presencia (¿O eran ellos los que no querían verme?). Una vez mi esposa sugirió que podría oír la radio “algunas noches, siquiera”. No quise. Aunque todos hubiesen insistido; y nadie, ni aun ella, insistió. Convertirme en espectáculo de esas gentes me resultaba intolerable. Pero además, repito, los programas que a ellos les encantan a mí me resultan horripilantes. Pensar que puedo morirme de pronto y que lo último que resuene en mis oídos sea el frenético bramar de un comentarista deportivo, o las incoherencias a go-gó de un mísero melenudo vocalista, una frase de amor rancia de uno de esos radioteatros estúpidos... o una de esas frases de retórica demagógica... ¡Deporte a mí! ¡Novelas de amor a mí! ¡Política a mí!...

¿Cuánto tiempo hace que no recibo visitas? Al principio las recibía. Y tras la horrible depresión de las primeras veces, el sentimiento de inferioridad, el saberme allí, disminuido y amordazado, me divertía contando las variaciones

que en la boca de los saludables pueden tener la misma frase hipócrita de consuelo. La promesa de salud. El “se te ve muy bien”... “Te encuentro mejor que la última vez”...

En esas frases falsas como monedas de plomo, retiñen el deseo de huir, su poquito de asco, la sensación de que cada instante allí es perdido para la alegría de vivir. Esto no es solo de los mayores. Berta me trajo un día a Orlandito.

—Aquí está tu abuelito, Orlandito.

El chico se pone a llorar desesperadamente.

—¡Orlandito! No sea pues así, mi hijo. Es abuelito. Abuelito, ¿ve?

El chico llora más fuerte si cabe. No es para menos. Con mi barba crecida y canosa —el barbero cada vez es menos asiduo— con mis largos brazos flacos saliendo de la camisa remendada y las manos nudosas y amarillas, engarabitadas sobre las piernas, debo parecerle un monstruo. Se suelta de las manos de su madre, sale lo más deprisa que le dan sus piernecitas inexpertas...

Por eso quise estar frente a este espejo, mi otro yo, mi compañero. De noche cuando todo lo borra la sombra, cuando siento que pierdo en mi quietud de madera la realidad de mi existir, oprimo el botón de la luz con la sien derecha. La luz se prende, y me veo: veo al otro sentado frente a mí, inmóvil y amarillo como yo, insomne como yo, abandonado como yo. Nunca falta a la cita. Nunca tengo que esperar interminablemente, torturadamente, como al vaso de agua o el orinal. Está allí, sentado,

atento, prisionero amordazado como yo, pero infaltable. Lo miro, él me mira. Y sus ojos son los ojos con que lo miro (¿Quién dijo eso?... Hace falta estar como yo estoy para saber qué verdad es eso). Son también los ojos con que lo veo. Y dialogamos:

-Gracias por estar ahí.

-No hay por qué.

-Tenés razón. Perdoname.

-No te veo muy animoso.

-Pero te veo todavía.

-¿Por cuánto tiempo aun?...

-No puedo decírtelo. Decímelo vos a mí.

-¿No tenés sueño?

-Acá dentro se vive como dentro de un bloque de vidrio. No podés ocultarte. Solo la oscuridad te disuelve, te borra. Los dos dejamos de existir.

-¿Vas a descansar?...

-Decímelo vos.

-Estás más flaco y amarillo.

-Pero me ves. Es algo.

-¿Dónde irás cuando yo no esté aquí?...

-Estaré siempre contigo. Pero ya no seremos dos, sino uno solo.

Apago la luz. Sé que está allí, obediente y sin ausencias. De día, el "otro" tiene otro humor. Un humor tímido. Nos rehusamos a reconocernos, a mirarnos. El vidrio refleja además de cuando en cuando otras figuras. Figuras que se mueven en el comedor, entran y salen en su recuadro; en eso se conoce que están vivas.

Una vez entró en mi pieza el perrito, Nato. Era el perro de Boni, mi esposa; de Berta luego. Ya era viejo: y al casarse Berta, sintió tal

vez que el mundo se enfriaba en torno suyo. Nadie –pensó Ñato– le quería ya; quizá los niños: pero para aguantar a los niños se precisa optimismo y paciencia; y Ñato no los tenía ya. Ñato era solo eso: un perrito viejo y malhumorado. Siempre al paso de los otros, recibiendo reprimendas. Se sentía de más. Y comprendió con ese infalible instinto de los perros, que aquel era un lugar propicio al reposo, porque en él no entraba gente a menudo.

–Aquí se podrá descansar.

Y se aposentó en la habitación. Se acostó a mis pies, se durmió. Y allí se acostumbró, maniático. Hay que llamarlo mucho para darle su pitanza. Ama más el sueño que la comida, y duerme, duerme a los pies de mi sillón cama. Como es pequeño, no alcanza a aparecer en el espejo. Solo cuando sale de la pieza se encuadra un momento en la puerta su cuerpecito despelechado, su cola raída, en retirada.

Ñato me acompañó muchos días. Cada día más tarde y despelechado. Yo no podía ver si estaba o no a mis pies; pero siempre me lo dejaba saber un suspiro profundo salido de cuando en cuando de sus entrañas de perro; perro cansado y viejo para el cual la vida no ofrece ya atractivos. Un suspiro tan humanamente cargado de cansancio y desánimo, de descreimiento en el reposo, que a veces no podría yo estar muy seguro de que aquel suspiro no había salido de mis propias entrañas.

Así muchos días. Meses. ¿Cuántos? De pronto un día noté que Ñato no suspiraba más a los pies del sillón. Cuando Boni entró trayéndome la sopa, la puso sobre la mesa, se sentó para dármele a cucharadas, pregunté:

-¿Ñato?...

-Lo enterramos hace tres días.

La miré.

-Era muy viejo. Estaba enfermo.

Otra mirada mía.

-Belí le pegó un tiro. No sintió nada. (No, Belí, Ñato no sintió nada. Quién lo sintió fui yo. En alguna parte de mi cuerpo ajeno, un lento desgarró como una tela que se abre sin ruido). Cerré los ojos.

-¿No querés más sopa?...

-No.

-¿Querés algo más?...

Moví otra vez la cabeza.

-¿Te sentís mal?...

Otra vez denegué.

-¿Tenés sueño?...

-Sí.

Se fue. Ñato me dolía allí donde tendría que haber entrado con placer la sopa. Su suspiro ausente me dolía y no me dejaba suspirar. No quería mirar al espejo: el cuadro de la puerta por la cual no vería alejarse su cola desilusionada, pura pelecha. Pocos días después sentí la regocijada risa de Orlandito a la par del recién estrenado cómico ladrido de un perrito. Orlandito tiene un cachorro nuevo. Pero el cachorro nunca entrará en mi cuarto. Nunca llegará a ser tan viejo como para eso.

Ayer fue domingo. Mi familia fue al cine. Toda, menos los niños que quedaron dormidos en sus respectivos cuartos. Celia quedó en casa, con Emilia, la sobrinita, para cuidarlos. Fueron mi esposa, Berta, Luci la vecinita con

su pretendiente, Ña Damiana la madre. Celia quedó con Emilia, en el comedor. Un leve cuchicheo, a veces; una risita. Hojeaban revistas, y nadie pensaba en mí. ¿Saben ustedes lo que es estar en el mundo y saber que nadie piensa en uno?... A veces sucede que uno tampoco piensa en los otros, y así nadie siente nada. Pero cuando se está en mi condición se piensa en todo el mundo, y entonces es cuando es horrible que nadie piense en uno.

El espejo refleja un rincón del comedor, el ocupado por el largo sofá donde se alinea la gente para conversar y que está un poco alejado de la mesa. Celia y Emilia estaban sentadas a la mesa, yo las oía, pero no las veía. Ya pasado un buen rato, alguien llamó. Era Braulio, el novio de Celia. Tenía permiso para venir a verla una hora ya que estaba Emilia para hacer de tomasita.

Entró y vi su silueta en el espejo al pasar hacia la mesa. Es delgado, un poco encorvado: tiene una carita pequeña, facciones menudas de chiquilín, aparentemente afable y simpático; a mí no me gusta; ¿pero quién me consulta? En casa están locos por él. Es un mitaí de suerte: a los veintidós años tiene un puesto bueno, auto, plata siempre en el bolsillo. A mí, repito, no me gusta. Pero Celia está loca por él. Y mi esposa... Berta ve en él el redentor de la casa. Ha prometido puestos a todos, hasta a mí (un puesto en el asilo), cuando se case. Pero no había hablado aun de casarse. Se sentó al lado de Celia en el sofá: yo solo veía a mi hija: él quedaba invisible. Conversaban en voz baja. Emilia seguía al parecer hojeando las revistas. Yo sentía el roce de las hojas.

Luego, éste cesó.

-¡Emilia!

-Tengo mucho sueño.

-Aguantá un poco. Ya pronto vamos a dormir.

-¿Por qué no la dejás irse a la cama?

-Mamá se enoja si vuelve y no la encuentra aquí.

-Pero yo me voy antes que tu mamá llegue.

Emilia se fue a dormir. Celia y Braulio quedaron sentados hablando. Ahora yo lo veía más a él: se había acercado más a Celia: sus cabezas estaban juntas. La conversación no me llegaba. Cuchicheaban. Cada vez más bajo. Pero luego vi las manos. Las manos de Braulio, invadiendo todo el rincón visible del espejo; invadiendo, como lepra movible, el cuerpo de Celia. Vi el rostro de mi hija en el espejo, su cabello cayendo hacia atrás. Vi su rostro y también su cuerpo; el cuerpo de mi hija develándose a mis ojos por vez primera desde su ya remota -y tan próxima- infancia (yo he visto a Celia en el Mbiguá* pero el traje de baño más audaz no es el desafío a la imaginación que representa las más púdica bombacha* de nylon). Y no cerré los ojos. Porque los hijos son nuestra vida misma que sigue sin nosotros, y era la vida también la que en aquellos momentos buscaba sus límites en la imagen del espejo. Vi el cuerpo de mi hija. Vi lo que es amor en una mujer que no es de uno, que está fuera del tiempo y el espacio para uno. Y es, sin embargo prolongación de nuestra carne desintegrada. Una parálisis que no era ya la del cuerpo me mantuvo así, sin gritar, sintiendo que por

paralíticos que estemos, podemos estarlo un poco más. Hasta que de pronto el resorte de la voluntad adormecida se disparó sin yo mismo saber cómo, mi sien apretada contra el respaldo prendió la luz en mi habitación. La pareja se separó. A tiempo todavía.

Braulio se puso de pie. Qué largo fue el silencio. Yo veía su izquierda apretada arrugar nerviosa el paño del pantalón al costado. Oí su voz ronca:

-Me voy.

-Quedate un poco más.

-No.

-¿Estás enojado?

Sin verlo, adivino su rostro de niño testarudo y mimado, fruncido en el gesto del que ve arrebatársele de la boca el dulce que creía ya suyo. No le importa nada en ese instante: ni el rubor ni el íntimo trepidar de Celia; su pudor, hecho trizas ahora no antes; solo su egoísmo insatisfecho. Braulio es malo; yo lo sé. Se pone su campera, se va. Celia no le acompaña. La puerta de calle se cierra con un chasquido. Celia está sentada, quieta. Solo veo una mitad de su cuerpo, que hace apenas unos momentos se volcaba ya desnudo sobre el sofá. Un brazo, un hombro sacudido por el lloro.

El noviazgo de Celia se ha roto, al parecer. Después de aquella noche Braulio volvió dos o tres veces, pero ahora hace quince que no se le ve. Y Celia está descompuesta y pálida. Cuando entra a traerme algo, la miro en el espejo: adelgaza. No quiero mirarla a la cara. Me lastiman sus mejillas adelgazadas, sus ojos cargados como cielo con lluvia.

Braulio ha partido para Villarrica sin despedirse. Tiene allá otro empleo, dicen. Celia va y viene por la casa como un fantasma. Me pregunto, en mis largas horas, a oscuras, si aquella luz debió prenderse. Y no prendo la luz. No quiero ver lo que me dice el otro.

Yo he oído primero que nadie los quejidos de Celia. Los otros han tardado un poco más. Las luces se encienden: pies que no tuvieron tiempo de calzarse se apresuran por toda la casa. Voces angustiadas de mi esposa, de Berta. Belí dice algo, enojado. Lloran los chicos. Emilia trata de acallarlos. Siento abrirse y cerrarse la puerta delantera: luego el zumbar de la motocicleta de Belí alejándose. Ahora mi esposa llora y Berta dice cosas incomprensibles en voz urgente y afligida, mientras Emilia va y viene a la cocina y los ruidos de la vajilla denuncian sus nervios desatados. Celia sigue quejándose desgarradoramente. Yo sigo sin prender mi luz; me oculto en la sombra como un cobarde. ¿Cómo puede en un cuerpo muerto haber tanta amargura desbordando la garganta, oxidando la lengua? Se oye otra vez la motocicleta: un coche detrás: luego, como si un cuerpo enorme se introdujese en la casa desquiciando sin rumor puertas y descuajando tabiques. Breves voces gruesas entran, crecen, regresan, se alejan. Ya no se oyen los quejidos de Celia. El automóvil parte y la motocicleta detrás. Se cierra la puerta de calle. Yo quedo en el centro del silencio. Un silencio. Un silencio que tiene el mismo tamaño de la noche...

Las luces llenas de la mañana me encuentran solo: siento la casa desvalidamente

enorme en torno mío. En el patio ladra el perro de Orlandito, abandonado también. Hasta el otro del espejo me abandona: no quiere verme; yo he cerrado los ojos. ¿Qué podrían decirme los suyos?

Cuando la puerta de la casa se abre de nuevo, los pasos traen una calidad nueva: son desesperanzados, graves y urgentes. Arrastran muebles, dan órdenes recatadas. Una pausa luego: un coche se detiene junto a la puerta de calle. Sin que nadie me lo diga, sé que traen el cuerpo de Celia. Sin que nadie me diga nada, sé que es su cuerpo el que ponen sobre la mesa del comedor, trasladada a la pieza grande, aquella donde antes se reunían junto a mí para escuchar la radio. Sin verlos, veo el resplandor de los blandones. Sin oírlo, escucho el susurro de las cortinas. Sin oírlo, escucho cómo Boni le dice a Berta:

- ¿No se lo diremos a él?
- De ningún modo. Le haría mal.
- ¿Qué estará pensando?
- No se habrá dado cuenta.

Sin verlos ni oírlos veo y escucho la salida del fúnebre cortejo. Estoy abandonado como nunca. Frente a mí, inmóvil, el otro no me mira. No podría soportar mi mirada. Cierra los ojos. Espera. Espera esa hora definitiva en la que todos los pasos dicen adiós, esa hora que la gente descuenta siempre de su tiempo como la moneda que se da por compromiso. Y la casa se vacía, se vacía de ruidos y de voces. En silencio espera para levantarse la ausencia de Celia, algo que se despega como un vaho de la pieza mortuoria, de la mesa enfaldada de negro; avanza, como un

aire pesado, como el relente soso –tierra y vacío– de un viejo cántaro seco, por el pasillo. Está aquí, en la puerta. Penetra enorme, nauseoso; me toma por la espalda, me sumerge, entra por mis poros, me sube hasta el corazón, me sale por los ojos en lágrimas que el otro no ve, no verá nunca.

Cuando vuelven, ya anochecido, los pasos y las voces son como pisando tierra blanda. No se pone la mesa para cenar. Emilia me trae leche por toda comida y dice al salir, de un tirón, como echando un paquete sobre una silla:

–Celia se fue a Formosa.

Es verdad que Celia hace rato quería irse allí. Yo no pregunto:

–¿Sin despedirse de mí?

¿Para qué? ¿Para que tengan que seguir mintiendo? Pero escucho sin oír:

–No ha preguntado nada...

–Nada.

–¿Lo ves? El pobre ya no gobierna.

Cuando se es pobre, pobre, se echa mano, en los apuros, de cuanto se tiene, para remediar. Mi esposa ha vendido seguramente sus joyitas últimas para pagar el entierro. Luego ella y Berta han recorrido la casa buscando por todos los rincones qué es lo que se puede vender. Y han encontrado el ropero. Dan poco por él. Pero lo poco que den viene bien. Lo compra la madre de Luci, la vecinita, que se casa pronto. Lo van a modernizar, dicen, sacándole el

horrible cajón de abajo, desmochándole el frontispicio que lo hace parecer un retablo. Se lo llevarán y el espejo se irá con él.

Hoy amanecí sin el ropero. Sin el espejo. Inútilmente prendo la luz de noche. Ya no existe. Nadie me mira cuando yo lo veo. Estoy listo para el entierro. Estoy maduro para la muerte. Esta mañana Berta lo ha dicho. Lo he oído sin escucharlo:

-Papá está muy mal. Fíjense la cara que tiene.

Hay demasiado silencio en la casa. Es cierto que ya no está Celia. Pero tampoco están las criaturas. No sé dónde se las han llevado. Piensan que no deben estar por acá, estos días. Tampoco se oye al perro. No me interesa. Mi esposa y Berta entran más a menudo en el cuarto. Me dirigen rápidas ojeadas. Me hablan. Pero no las oigo. No quiero oírlas. Es otra voz dentro de mí, lo que estoy tratando de escuchar. Una voz que tiene algo para decirme; algo que no sé qué es, pero que preciso oír para cerrar los ojos en paz y encontrar en el fondo de ellos algo parecido a un espejo. Un espejo infinitamente vacío donde "él" ya no me espera.

Prometeo

a Roque Vallejos

Solo. A oscuras. Tendido de espaldas, sujetos los pies, sujeto el torso por debajo de los brazos, sujeto el cuello... ¿adónde? Supongo que a dispositivos especiales de esta cama-caja que me contiene. Que contiene mi cuerpo. No puedo, aunque lo procuro, pensar en ambos –mi cuerpo, yo– como en mí solo. Mi cuerpo y yo. ¿Pensé alguna vez así antes? No recuerdo. Sin duda a veces parecía establecer esa dualidad inevitable cuando decía: Me duele el cuerpo. Se me enfría el cuerpo. Tengo el cuerpo afiebrado. Pero no es lo mismo. Mi cuerpo entonces era algo hipostático conmigo, intransferible, impensable lejos y separado de mi yo: existía entre ambos un pacto cuya única revocación posible, permitida y presentida, era la muerte. Y con qué tremenda angustia visualizaba yo ese instante en el cual mi cuerpo cesaría de obedecerme, de sentirse mío, de seguirme. Yo pensaba: Cuando yo muera. Cuando yo deje de vivir. Mi cuerpo, un poco torpe, un poco remiso, pero dócil al fin y al cabo como un caballo que hemos visto nacer y con el cual hemos crecido, trotaba conmigo, a cuestas con mis pensamientos, menos preocupado él de su destino último, delegando en mí toda gestión, aunque a menudo tan frágil y tan acorbadado ante las cosas transitorias. Ánimo –le sentía decir yo– con tal que tú sobrevivas de alguna manera, ¿qué importa lo que sea de mí?... Yo sé que siempre hallarás una manera de recordarme, de recordar cómo era, de perdonarme

mis flaquezas, de absolverme. Y acaso podrás seguir mis rastros, con tu mirada ya no sometida a mis pobres cristales marcesibles; perseguir mi fuga innumerable por las cuatro esquinas del mundo: sonreír ante el libertinaje de mi loca diáspora. Y me sentiré menos desterrado y solo...

Sí: era algo tan familiar y conocido; algo no tan grato a veces —quién está del todo conforme con su cuerpo a los cincuenta años?— pero siempre perdonable, porque cargó y calló todas mis debilidades.

Ahora...

Ahora mi cuerpo es tierra desconocida en la que quiero plantar mi memoria como una planta traída de otro huerto, y golpeo siempre en piedra; una superficie siempre igual, rasa, dura, impenetrable. Ninguno de sus rincones cobija un recuerdo mío, hizo carne un apetito mío, albergó una alegría mía. Ni siquiera oculta una vergüenza que pueda llamar mía. Es prodigiosamente puro de mí, sabio sin mí. Ah, pero también pecador y sucio sin mi consentimiento, condenado sin mí, y por eso, yo con él. Me obedece en los detalles cotidianos, en cosas de la fisiología elemental (¿no es que se obedece, a sí mismo, ahí; o que se sirve, taimado, de mí, sin que yo lo sepa, como aquel que obtiene informes de los empleadillos subalternos, a espaldas del jefe?). No le he puesto a prueba en más hasta ahora. Me obedece, pero no me confía, no me confiará nunca su experiencia, no me entregará nunca su historia y yo me siento huérfano del mundo, al faltarme esa biografía, con sus éxtasis y sus cobardías, sus ascos y sus sacrificios, su pureza y su miseria, sus virtudes y sus vicios.

Pienso en mi cuerpo, antes. Tocar cada pedazo de él era poner en marcha el itinerario de viajes arrollados como el hilo en los carreteles, en la memoria; agitar la campanilla que desdoblaba voces desvanecidas; era recomponer el mapa de un mundo disgregado como las piezas de un rompecabezas, presto siempre a reintegrarse bajo una luz diferente, como un paisaje de montaña en sus cambiantes bajo las nubes viajeras. Tocaba mis labios, y los besos de los amores olvidados retiñían de nuevo persiguiéndose unos a otros como los sonidos de una cadena de fugitivas campanillas: las palabras de amor, las palabras traicioneras, los ayes de dolor, volvían en bandadas, como gorriones arregostados a la era. Tocaba mis piernas; y todas las locas carreras de la niñez, las errandas soñadoras y aventureras de la adolescencia; las obscenas prisas de una juventud no siempre casta ni contenida; los pasos vergonzantes o del hombre maduro, de regreso del desencanto, volvían a sonar sobre los pavimentos, hacía rato descartados, de salas deshabitadas, de calles ya ciegas, de caminos despoblados. Tocaba mis cabellos; y era toda una gavilla de dedos huyendo de ellos como golondrinas a refugiarse en el corazón, a veces con un ruido seco de tijeras malignas o un lento sedimentarse de claridades lastimeras sobre sus hebras aun vivaces (No me he mirado aun al espejo: ¿qué color tienen ahora mis cabellos; qué perfil mi rostro, que yo amaba con un amor hecho a veces de odio y de pena?... Mi rostro, sobre todo. Al levantarlo hacia mis visitantes, tengo la impresión de que levanto una máscara, un forro que no me pertenece, que me ridiculiza

y traiciona con su sonrisa o su angustia). Tocaba mi sexo, y brotaban espesas las aguas cenagosas del recuerdo arrastrando los ahogados sin rostro del deseo hacía rato descompuesto y podrido a la orilla de caminos por donde no quise nunca volver a pasar. Volvían senos y caderas a diseñar sus curvas en mi memoria y con ellas el vaivén de un oleaje agrio: a veces hastío, a veces nostalgia, hasta odio, a veces.

Pero este cuerpo que me encadena y me lastra, que me da habitación, y es mi celda, no puede saber nada de ello. Lo ignora todo de mí, como yo lo ignoro todo de él. Mis manos, sé que son más grandes, más toscas, que las otras; dieron golpes por los cuales yo no puedo pedir perdón, realizaron trabajos cuyo fervor o desencanto yo no conocí, acariciaron cuerpos en los cuales mis riñones no se derramaron, se alzaron para maldecir o bendecir lo que yo no odié ni amé. Mi sexo desperdigó quizá hijos, hijos que yo no he engendrado; ha tenido desfallecimientos de cuyo naufragio yo no guardo la huella. Y quizá ha hecho también el mal. El sexo del hombre es una posibilidad de hacer el mal. De herir. Cuando lo toco siento miedo; un miedo que hiela mis dedos. Antes no me avergonzaba. Quizá fuese lo mismo que ahora, un triste trapo de carne, que solo ante el llamado del signo caliente y torpe recupera su forma y su designio. Pero yo lo conocía, lo llevaba a sabiendas; iniciando conmigo en la fiebre y en el hastío, con sus caprichos y sus limitaciones, con sus subitáneas arrancadas y sus amilantamientos imprevisibles. Yo lo comprendía. El mal que hice con él me pertenecía. Era todo mío. Su saber irrenovable, su insaciada curiosidad; su

lento apagarse, sus llamaradas súbitas, yo los conocía. Me conformaba con ellos, porque su traición permanente era lo único que podían ofrecerme. Pero este sexo cuyo letargo feral puedo palpar; yo no lo conozco. Derribado a mitad de la batalla, monto ahora un potro desconocido. Cabalgo una cresta de otros paisajes. Estoy atado como Prometeo; pero hasta Prometeo se extrañaría si bajo sus cadenas dejase de reconocer la dureza y el relieve de la roca del Cáucaso familiar a sus buitres.

Y no me sirva de nada pensar que, si yo lo ignoro todo de él, él lo ignora todo de mí; porque, la partida no es igual. Él es quien ofrece al mundo su fachada y su estatua; yo soy el motor que nadie revisa, del que nadie se acuerda. Yo llevo su nombre.

Estoy encadenado a un cuerpo que se supone ha de obedecer como siempre lo que yo le ordene desde mi oficina caprichosa y regulada a un tiempo. Pero la pregunta angustiada se resiste a aplacarse, está ahí, prendida a mi garganta. ¿Me obedece efectivamente? Mi cuerpo de antes me obedecía, es verdad, hasta cierto punto. Pero yo conocía ese punto; habíamos crecido juntos, tanteando en los años como a través de túneles oscuros a veces, a veces fulgurantes como de irradiantes gamas. Sabíamos acompañarnos. Y si cometíamos desaguisados mutuos, nos perdonábamos. O nos resignábamos el uno al otro, sin demasiada protesta. Ahora, yo no conozco su punto, él no conoce el mío. Aunque ambos quisiéramos, nada podemos hacer. Él tiene su son y su maraca; yo tengo mi canto y mi compás. Ahora mismo...

Ahora mismo, ¿cómo sé yo que no está oyendo lo que pienso, precaviéndose, preparando su resistencia? Dispuesto a presentarme su ultimátum a cada volición, a cada decisión. Díscolamente proyectando negarse a una sumisión en cuyo contrato él no ha participado. Aunque su lengua haya dicho sí, y su mano firmado. Porque el que firmaba era ya un dimitente, y carecía de poder para firmar. Aunque creyese tenerlo. Aunque pensara que en aquel momento realizaba el más intenso acto de voluntad de su vida. Y yo no estaba allí para decir mi palabra. Para consentir o rehusar.

Estoy encadenado a la roca como Prometeo. Antes lo estaba también. Pero ahora no reconozco más mi Cáucaso, no es ésta mi roca; he perdido mis abismos y mis cumbres familiares, desconozco estos vértigos. Zeus ha faltado a su palabra. No podemos conocer dos Cáucasos; basta y sobra uno para el castigo. Necesitamos un castigo conocido. De todos los desconocidos que me rodeaban, el menos desconocido era mi cuerpo. Eso hacía soportable la vida. Ahora ni eso conozco. Es demasiada soledad, demasiada soledad. No lo acepto. Y en cuanto me desaten...

... Solo me punza, de repente, la idea terrible. Tal vez él quiera vivir, y se resista...

¿Me obedecerán sus manos cuando yo mande mi señal desde mi jaula ajena?...

¿Me obedecerán?

Glosario*

- Acá-peró-bolero:** (del guaraní akâ: cabeza; akâperô, hisp.: calvo, calvicie; bolero -coloq.- cabeza) de cabeza pelada, calva.
- Acapeté:** (del guaraní akâ: cabeza y (ai)pete: dar palmadas, pegar) palmada en la cabeza.
- Angá:** (interj.) se usa para expresar compasión o conmiseración.
- Ayolas, Juan de:** conquistador español (Briviesca 1510-Chaco 1538) participó en la expedición de Pedro de Mendoza al Río de la Plata (1535), como alguacil mayor y mayordomo. Los expedicionarios fundaron la ciudad de Santa María del Buen Ayre, donde se quedó el grueso de la expedición. Decidió atravesar el Chaco y llegó hasta la región de Charcas, donde los indios carcaraes le ofrecieron gran cantidad de metales preciosos. Más tarde regresó a Candelaria -ciudad fundada por Ayolas (1537) a orillas del Paraguay- y encontró la ciudad abandonada; fue atacado por los indios que lo mataron como a la mayoría de sus hombres.
- Bolero o balero:** (Argent.) boliche, juguete de madera compuesto de una bola con un agujero que va unida, por un cordón, a un palito afilado que sirve de empuñadura. // (coloq.) cabeza.
- Bombacha:** (Argent., Parag., Urug.) prenda interior femenina que cubre la parte del cuerpo comprendida entre la cintura y el comienzo de los muslos. // Pantalón largo y ancho, ceñido a los tobillos, que constituye parte de la indumentaria del hombre del campo.
- Cabeza de Vaca, Álvaro Núñez:** conquistador español (Jerez de la Frontera 1507-Sevilla 1559), adelantado y gobernador del Río de la Plata. En 1540 salió con una expedición que partiría hacia el río Paraná con objeto de socorrer a la gente que allí se encontraba y proseguir el descubrimiento de Pedro de Mendoza, cuya muerte se había conocido recientemente.
- Camalote:** nombre de varias especies de plantas acuáticas que presentan bulbos de tejido aerífero que

les permiten flotar sin que las hojas toquen el agua. Tienen flores azuladas, de intensidad diversa, según la especie. Son comunes en ríos y lagunas, y se trasladan con la corriente, en las crecidas de los ríos, junto a grandes masas de vegetales. // Conjunto de esta clase de plantas que, enredadas por sus raíces y unidas con otras de especie diferente, así como con ramas y troncos que las crecientes de los ríos arrancan de sus costas, forman como islas flotantes.

Caraguatal: (del guaraní karaguata) especie de pita, cardo. // Lugar abundante en caraguatás.

Carai: (del guaraní karai) señor, persona. // Don.

Coletto: (del it. colletto) vestidura hecha de piel, por lo común de ante, con mangas o sin ellas, que cubre el cuerpo, ciñéndolo hasta la cintura.

Cuñá: (del guaraní kuña) mujer, hembra.

Cupif: (del guaraní kupi'i) termes, termita, hormiguita blanca, fatal y destructora.

Chipá: (de chipaco, voz prob. quechua) (Argent., Parag.) especie de pan homeado hecho de harina de mandioca o maíz remojada en leche, con queso y, no siempre, huevo.

Chipá guazú: un tipo de torta paraguaya. Vid. chipá.

Dió: (coloq.) Diós; che Dió: mi Dios.

Farabuti: (del it. farabutte) bribón, pícaro. // (Lunf.) pícaro, de mal vivir, fanfarrón.

Fúlmine: persona considerada portadora de mala suerte.

Garay, Juan de: explorador español (Orduña, Vizcaya 1528-1583). Participó en una expedición que partiendo de Asunción fundó la ciudad de Santa Fe (1573). En enero de 1580 en Asunción se inicia la empresa de "poblar en el puerto de Buenos Aires una ciudad". 2ª fundación 11 de junio de 1580. Se trasladó a Santa Fe, en 1581 volvió a Bs. As. Los indios mataron a Garay.

Ijada: cualquiera de las dos cavidades simétricamente colocadas entre las costillas falsas y los huesos de las caderas. // Dolor o mal que se padece en aquella parte.

Irala, Domingo Martínez de: conquistador español (Vergara 1509-Río de la Plata 1556). Se alistó en la expedición del adelantado del Río de la Plata,

Pedro de Mendoza, que realizó la 1ª fundación en Bs. As. (1536). Partió en una expedición que bajo el mando de Ayolas recorrió los ríos Paraná y Paraguay. Fue nombrado gobernador del Río de la Plata en 1552.

Íribú: (del guaraní yryvu) especie de buitre de unos dos pies largos de longitud, el cuerpo negro, la cabeza y el cuello pelados y rugosos, el pico y uñas corvos, arisco, cantigudo, de vista perspicaz y fino olfato. Aliméntase particularmente de cadáveres y porquerías, siendo su plato favorito el excremento humano. Llámense comúnmente cuervo.

Kyguá: (del guaraní kygua) peine de adorno. // Kygua vera: peineta.

Lapacho: árbol de la familia bignoniáceas, especie *Tecoma lapacho*. Tiene grandes dimensiones. Crece en regiones tropicales de América del Sur y su madera, muy dura, se utiliza en ebanistería y construcción.

Locro: (del quechua rokro) vianda de maíz que se prepara de distinta manera según las regiones. En Argent., Parag., Urug. es una especie de cocido que lleva chorizo, repollo, zapallo, carne de vaca, charqui, mucho maíz quebrado y especias.

Mbaé: partícula interrogativa guaraní qué o cómo. Al final de la frase expresa duda: "me parece."

Mbiguá: (del guaraní mbigua) zonas arboladas cerca de esteros, lagunas y ríos. // Ave semejante a un cormorán, pero con el cuello largo y delgado, habita en zonas acuáticas y se alimenta de peces.

Memby: (del guaraní memby) hijo; che memby: mi hijo, mi hija (dice la mujer).

Mitacuñá ó Mitá cuñá: (del guaraní mitákuña) niña, chica, joven.

Mitaí: (del guaraní mitá'i) niño, nene, niñito.

Mitaruzú: (del guaraní mitárusu) mozo, joven.

Ñandutí: (del guaraní ñanduti: telaraña) labor de encaje muy fina que imita el tejido de la araña.

O'Leary, Juan: escritor e historiador paraguayo (Asunción 1882-1969), aunque publicó libros de poesía es más conocido por su obra histórica.

Oxear: espantar las aves domésticas y la caza.

Pa: en guaraní, sufijo átono de pregunta.

- Paí:** (del guaraní pa'í) sacerdote, padre; don, señor. // Título para ancianos.
- Paraíso:** árbol de 10 a 12 cm. de altura. Tiene hojas alternas, caducas y flores pequeñas de color lila claro, agrupadas en ramilletes. Su fruto es una drupa pequeña, redonda, de color verde, amarilla al madurar, y contiene un carozo que ocupa casi todo el interior. Proporciona una madera dura, que se utiliza en carpintería y en la fabricación de muebles. Se cultiva como árbol ornamental.
- Picardía:** planta enredadera que crece poco, de hoja menuda y flor blanca, con la base de un morado claro.
- Pique:** insecto áptero con cabeza pequeña y aparato bucal picador-chupador. La hembra joven ataca a los animales y al hombre, especialmente en los pies.
- Porongo:** planta enredadera de hojas grandes de color verde. Tiene flores pedunculadas y fruto con muchas semillas, de forma similar a una pequeña calabaza. El fruto seco se utiliza como recipiente, especialmente como mate.
- Tahalí:** (del ár. tahlil) tira de cuero, ante, lienzo u otra materia, que cruza desde el hombro derecho por el lado izquierdo hasta la cintura, donde se juntan los dos cabos y se pone la espada. // Pieza de cuero que pendiente del cinturón sostiene el machete o el cuchillo bayoneta.
- Talero:** rebenque sencillo que usa el hombre del campo, látigo de jinete.
- Tarobá:** (del guaraní tarova) loco, demente, desequilibrado.
- Testero:** cualquiera de los muros de una habitación.
- Teyú:** (del guaraní teju) lagarto.
- Typoi:** (del guaraní typói) túnica, camisa, saco de lienzo o de algodón, sin cuello ni mangas, que usaban las mujeres en las Misiones del Paraná y Uruguay y que usan actualmente las campesinas del Paraguay.
- Typychá jhú:** (del guaraní typycha jhu) malva silvestre. // Typycha, varias son las especies de estas plantas de las que se hacen las escobas entre los indios.

- Wast, Hugo:** (Gustavo Martínez Zuviría, llamado Hugo) escritor argentino (Córdoba 1883-Bs. As. 1962). Dirigió la biblioteca nacional de Bs. As. (1931-1935). Sus novelas tuvieron una amplia acogida popular, debido al carácter nacional del tema y a su habilidad narrativa de profundo dramatismo; descubre por lo general las costumbres provincianas con una perfecta descripción del ambiente.
- Yacija:** lecho o cama pobre, o cosa en que se está acostado. // Sepultura.
- Yaguá yucá:** (del guaraní jagua juka) holgazán, gandul.
- Yetudo:** persona considerada portadora de mala suerte.

Índice

Josefina Plá, ¡adentro!	5
Cayetana	14
1948	
La mano en la tierra	23
1952	
Sisé	35
1953	
El canasto	47
1957	
El espejo	55
1962-1966	
Prometeo	75
Glosario	81

TRABAJAN EN LOM
Comité Editorial Silvia Aguilera, Juan Aguilera, Mauricio Ahumada, Mario Garcés, Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulian, Héctor Muñoz, Naín Nómez, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, Verónica Zondek **Relaciones Públicas** Mónica Benavides, Soledad Hernández **Diseño y Diagramación Editorial** Hugo Ortiz de Pinedo, Claudia Quintero, Marcos Ribeiro **Exportación** Ximena Galleguillos **Página web** Edgardo Prieto **Producción** Jorge Slachevsky, Eugenio Cerda **Impresión Digital** Carlos Aguilera, Jorge Ávila, Marcelo Díaz, Williams Tobar **Preprensa Digital** Ingrid Rivas, Daniel Véjar **Impresión Offset** Eduardo Cartagena, Héctor García, Luis Palominos, Rodrigo Véliz, Francisco Villaseca **Corte** Enrique Arce, Eugenio Espíndola **Encuadernación** Carlos Campos, Sergio Fuentes, Marcelo Merino, Gabriel Muñoz, Miguel Orellana, Marcelo Toledo, Daniel Vergara, Julio Zapata **Diseño y Diagramación Computacional** Carolina Araya, Guillermo Bustamante, Jessica Ibaceta, Claudio Mateos, Pablo Valenzuela **Servicio al Cliente** Elizardo Aguilera, Carlos Bruit, Fabiola Hurtado, José Lizana **Difusión y Distribución** Carolina Acuña, Elba Blarney, Marcos Bruit, Luis Fre, Carlos Jara, Nelson Montoya, Pedro Morales, Santiago Oyarzo **Librerías** Nora Carreño, Ernesto Córdova **Área de Administración** Jaime Arel, Mary Carmen Astudillo, Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, Diego Chonchol, Eduardo Garretón, Marcos Sepúlveda. *Se han quedado en nosotros Adriana Vargas, Anne Duattis y Jorge Gutiérrez.*

LIBROS DEL CIUDADANO

N A R R A T I V A

Pierre Loti, *Isla de Pascua*

Aubrey Beardsley, *Bajo el monte*

Federico Gana, *La señora*

Mark Twain, *Cartas de la Tierra*

Jorge Guzmán, *La felicidad*

Horacé de Balzac, *La obra nuestra desconocida*

Fiódor Dostoievski, *Noches blancas*

Mempo Giardinelli, *Puro erotismo*

Augusto Monterroso, *Llorar orillas del río Mapocho*

José Emilio Pacheco, *Las batallas en el desierto*

Geoffrey Chaucer, *Diez cuentos de Canterbury*

Varas, Villegas, *Cuentos chilenos*

Carlos Cerda, *Balcones con banderas*

Herman Melville, *Bartleby el escribiente*

Marosa di Giorgio, *Misales*

Horacio Quiroga, *Cuentos escogidos*

Rafael Barón, *Los viajeros*

Volodia Teitelboim, *Último llega en locomotora*

Mijail Bulgakov, *Morfina*

Beatriz García Heidobro, *Mare*

ULPGC.Biblioteca Universitaria



705996

HUM 860 (892) -3 PLA cal

Como toda selección, ésta es solo un muestrario de la "mirada" narrativa de Josefina Plá. A la hora de reunir los cuentos se ha querido seguir un orden cronológico. Se ha jugado con la imagen del calendario porque estos cuentos no solo datan el tiempo -los años entre 1948 y 1967- sino también el lugar de la escritura, Paraguay. Por ello, no debe extrañar al lector que el color y sabor a "nacencia" local que predominan en estos cuentos sean precisamente el del ambiente y la atmósfera paraguayos. Pero a este color y sabor, hay que añadir el sonido a Paraguay, pues si algo nos llama poderosamente la atención a la hora de "adentrarnos" en estos relatos es precisamente el ritmo, el tono y la cadencia del habla paraguaya que acompaña a los personajes. Esta voluntad de estilo, de autenticidad expresiva, es lo que lleva a Josefina Plá a que en sus narraciones se conjuguen el léxico y la sintaxis del castellano y del guaraní, y que en la mayoría de los casos se dé cabida a un castellano guaranizado -yopará o jopará- que resulta de uso corriente en ese país. De esta manera se logra que los personajes se tornen más verosímiles, al sentir, pensar y expresarse en/con su lengua popular. Este telurismo es el que va a conformar la lengua narrativa de Josefina Plá.

Los hombres y mujeres que aquí se nos presentan son siempre seres decepcionados, desengañados, desilusionados por las experiencias amargas que han recibido de la vida. Una vida que, aun cuando les haya deparado alguna que otra alegría, los ha abocado a la condición adversa de no reconocerse a sí mismos.

Leer los siguientes relatos es más importante que cualquier cosa que pudiésemos añadir. Este libro no es del todo un relato hasta que alguien lo lea.



LIBROS DEL
CIUDADANO



P
LA
M

HU
86
PL
ca